

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado – Monografía

*Nociones psicoanalíticas acerca del conflicto y del desarrollo psíquico:
un recorrido desde la perspectiva del psicoanálisis freudiano hasta la
perspectiva del psicoanálisis relacional.*

Estudiante: Rodrigo Castañeda

C. I.: 4.744.342-1

Tutora: Prof. Lic. Laura de Souza Alonso

Montevideo, Uruguay

Febrero, 2016

Índice

| | |
|--|----|
| Agradecimientos | 2 |
| Resumen | 3 |
| Introducción | 4 |
| Capítulo 1. Un acercamiento a la producción psicoanalítica de Sigmund Freud | 5 |
| La pulsión en el modelo psicoanalítico de Freud | 6 |
| La transferencia en el modelo psicoanalítico de Freud..... | 6 |
| Algunas reflexiones acerca del psicoanálisis freudiano | 9 |
| El complejo de Edipo y su relación con la estructuración del psiquismo..... | 10 |
| El psicoanálisis de Freud: un enfoque solipsista | 10 |
| Capítulo 2. La complejización de un enfoque intrapsíquico: autores post freudianos | 12 |
| Capítulo 3. Melanie Klein: hitos de las relaciones objetales en el desarrollo psíquico | 14 |
| El origen de las relaciones de objeto: deflexión de la pulsión de muerte | 14 |
| El lugar materno en el psicoanálisis de Melanie Klein | 15 |
| La teoría de las posiciones de Melanie Klein..... | 16 |
| Capítulo 4. Donald Winnicott: la incidencia del ambiente en el desarrollo psíquico | 18 |
| Algunas nociones de Winnicott acerca del desarrollo psíquico..... | 18 |
| El lugar de los fenómenos y objetos transicionales en el desarrollo del psiquismo..... | 20 |
| La adaptación a la realidad y la dependencia según Winnicott..... | 21 |
| Capítulo 5. El surgimiento de un nuevo psicoanálisis: un inevitable giro epistemológico | 23 |
| Una perspectiva psicoanalítica enfocada desde la intersubjetividad..... | 24 |
| Jessica Benjamin y el lugar del reconocimiento en el desarrollo del psiquismo..... | 26 |
| Algunas distinciones entre los modelos relacionales..... | 29 |
| Repercusiones en el psicoanálisis del Río de la Plata: el amanecer de un pensamiento vincular-relacional | 31 |
| Capítulo 6. Repercusiones de estos desarrollos teóricos en los actuales avances de las perspectivas psicoanalíticas | 34 |
| Psicoanálisis relacional, el intercambio con las otras disciplinas y el encuentro entre analista y analizando..... | 34 |
| Conclusiones | 36 |
| Bibliografía | 40 |

Agradecimientos

Dedicado para quienes estuvieron durante todos estos años acompañándome, a su justa manera, en un proceso muy difícil de tramitar. Esta instancia, que dio lugar a esta humilde producción, ya ellos sabrán, es símbolo de sacrificio, esfuerzo, lágrimas y crudos aprendizajes.

Para esas personas que confiaron en mi capacidad, que me acompañaron, que siempre estuvieron y siento que, de un modo u otro, no dejarán de estar. También para aquellas personas que me dejaron en el camino, gracias por obligarme a aprender con su ausencia.

Para CIPRÉS; imposible no recordarlos en esta producción.

Para la confianza casi ciega de Laura, habilitándome a profundizar en las aguas profundas de varias teorías, solo y, a su vez, muy bien acompañado.

Especialmente agradecido a la familia que me tocó: Pablo, Sylvia, Martin, sin ustedes esto no tendría sentido.

Para todos ellos que se sabrán aludir, gracias por dejarme volar en la incertidumbre de quién sabe dónde vaya a parar. Aquí queda lo que pude dar de mí, bueno o malo, no lo sé. Lo que sí sé, es que es tan sincero conmigo como pude.

Ante todos, un sinfín de ¡GRACIAS POR CONFIAR!

Resumen

En esta monografía se presenta una lectura acerca de las diferentes nociones de desarrollo psíquico a partir de diferentes autores psicoanalistas. El punto de partida es el psicoanálisis creado por Sigmund Freud, del que tendremos en cuenta el contexto sociocultural en el cual emerge. Se continúa con algunos autores británicos (Melanie Klein y Donald Winnicott) hasta llegar, por varias bifurcaciones, a los modelos relacionales, donde profundizaremos particularmente el psicoanálisis relacional. Se pretende demostrar que estos desarrollos no son ni fueron un proceso de construcción lineal, sino que en el proceso se ha modificado mucho el edificio teórico, manteniendo una cierta relación con los contextos socioculturales en los cuales emergen. En la historia del psicoanálisis, que cuenta ya con más de un siglo, se puede observar que el modo en que se concibe el desarrollo psíquico ha ido evolucionando hacia un modelo interactivo. Es así que se elabora un recorrido por las diversas teorías que han surgido de la mano del psicoanálisis freudiano, que, lejos de quedar absolutamente obsoleto, habilitó y marcó un hito en la historia de la psicología desde su concepción intrapsíquica, además de mencionar los desarrollos psicoanalíticos de Pichón-Rivière en el Río de la Plata como representante de una teoría relacional-vincular. Por último, se observa cómo el psicoanálisis relacional, como teoría social que concibe la mente como un producto social-cultural, se destaca por abandonar la concepción solipsista de la mente y por integrar nociones intrapsíquicas e intersubjetivas.

Palabras clave: psicoanálisis clásico, psicoanálisis relacional, modelo relacional, perspectiva intrapsíquica, perspectiva intersubjetiva, conflicto psíquico, desarrollo psíquico.

Introducción

La presente monografía se construye en respuesta al Trabajo Final de Grado, que corresponde al Plan 2013 de la Licenciatura en Psicología de la Facultad de Psicología, Universidad de la República.

El objetivo de este trabajo es dar cuenta, mediante una revisión bibliográfica, de la singular evolución y desarrollo teórico del psicoanálisis freudiano en cuanto a la teoría intrapsíquica y a cómo, luego, esta construcción teórica da origen a varias concepciones psicológicas del funcionamiento del psiquismo.

Posteriormente, se exponen los estudios realizados por Melanie Klein y por Donald Winnicott acerca del conflicto y del desarrollo psíquico, y de cómo los éstos amplían las líneas teóricas, esencialmente problematizando varios conceptos de la teoría psicoanalítica de Freud.

Luego se arriba a una teoría social que surge de los desarrollos teóricos psicoanalíticos y de otras disciplinas afines. Se abordan las conceptualizaciones de Stephen Mitchell acerca de lo que él considera que son los modelos relaciones, para después poder tratar una de las teorías que se ubica dentro de estos modelos, denominada *psicoanálisis relacional*.

Para abordar esta corriente de pensamiento, se hace hincapié en autores de referencia, como Jessica Benjamin, Joan Coderch y Stephen Mitchell, entre otros.

Del psicoanálisis relacional se presenta su particular manera de entrar en contacto con la historia psicoanalítica que le precede, con lo que se pretende integrar la perspectiva intrapsíquica y la perspectiva intersubjetiva en un mismo modelo.

Se considera fundamental elaborar un apartado especialmente dedicado a la influencia que los autores psicoanalíticos clásicos (Sigmund Freud, Melanie Klein y Donald Winnicott) tuvieron en el Río de la Plata, al tiempo que presentamos a Pichón-Rivière como su principal exponente. Él mismo fue representante de una teoría relacional-vincular que marcó un hito histórico en el Río de la Plata; fue maestro y referente de una gran cantidad de autores.

De este modo, se intentará exponer al lector aquellos cambios teóricos, aquellas discusiones y bifurcaciones que no sólo implican lo estrictamente «científico», sino también el orden social y cultural de los contextos en los que surgen.

A su vez, se busca describir cómo los conocimientos psicoanalíticos comenzaron a diversificarse hasta formar un campo teórico que no es lineal y que ni siquiera los autores pretenden, en primera instancia, unificar. Con esto intentaremos dejar a la vista del lector cómo esta pluralidad de perspectivas contradice la idea de coherencia interna del mundo psicoanalítico.

También resulta interesante elaborar un tímido acercamiento a los distintos modos de encuentro analítico que surgen de las diferentes nociones que se fueron manejando en las distintas épocas acerca del desarrollo psíquico y, por tanto, del conflicto psíquico.

Capítulo 1

Un acercamiento a la producción psicoanalítica de Sigmund Freud

El psicoanálisis clásico, creado por el neurólogo Sigmund Freud, fue una innovación revolucionaria que generó mucha polémica en su época debido a sus postulados, que rompían con el esquema científico de la existencia de una sexualidad infantil que actúa en el desarrollo psíquico.

Esta teoría se originó a fines del siglo XIX y a comienzos del XX; es una práctica clínica en investigación continua que se enmarcó en la época en que la filosofía positivista regentaba las ciencias. Resulta fundamental considerar la época en que surge esta disciplina debido, sobre todo, a la gran presión e influencia que se ejerció sobre los desarrollos teóricos de Freud a través del contexto sociocultural y de la corriente filosófica que imperaba las ciencias.

El positivismo, como teoría filosófica, atiende la validación de las teorías que utilizaban el método científico. Este método reglaba y daba forma a la producción científica, más precisamente, de las ciencias naturales. Para que el método pudiera ser llamado «científico», él mismo debía poder ser corroborado por la experiencia y, a su vez, ser pasible de cuantificación. Es decir, las leyes que construían las ciencias se comprobaban y deducían a través de la experiencia en el mundo real, de forma directa y concreta (Guinsberg, 1977).

Entonces, a nivel sociocultural imperaba esta idiosincrasia que se había instituido de este modo particular de hacer ciencia, que, sin lugar a dudas, influyó sobre la producción de la teoría freudiana. Sigmund Freud, en *Pulsión y destino de pulsión* (1915), elabora la siguiente justificación y habilita a pensar que se pudo sentir interpelado por el contexto científico. Parecería que aquí pretendió fundamentar en qué punto de desarrollo se encontraba situada su teoría:

Muchas veces hemos oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con precisión. En realidad, ninguna, ni aun la más exacta, empieza con tales definiciones. El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. Ya para la descripción misma es inevitable aplicar al material ciertas ideas abstractas que se recogieron de alguna otra parte, no de la sola experiencia nueva. Y más insoslayables todavía son esas ideas —los posteriores conceptos básicos de la ciencia— en el ulterior tratamiento del material. Al principio deben comportar cierto grado de indeterminación; no puede pensarse en ceñir con claridad su contenido. Mientras se encuentran en ese estado, tenemos que ponernos de acuerdo acerca de su significado por la remisión repetida al material empírico del que parecen extraídas, pero que, en realidad, les es sometido. (Freud, 1915a, p. 28)

Continuando estas líneas, se puede entender también por qué Freud (1915c) enmarcó su psicoanálisis como una práctica con bases teóricas que él definió como metapsicológicas.¹ Él trabajaba desde sus inicios con la idea de que toda actividad psíquica del sujeto se regía por un trasfondo intrapsíquico de corte inconsciente-pulsional (Freud, 1915a).

La pulsión en el modelo psicoanalítico de Freud

Se podría enunciar que esta abstracción (la pulsión), de un modo u otro, pretendía ubicar al psicoanálisis dentro de un marco biologicistas. Freud (1915a) fundamenta que «[...] el estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del propio organismo» (p. 28). La pulsión en sí es energía que está dentro del organismo y que busca ser satisfecha, propagándose de un punto a otro sin que el individuo pueda escaparse de ella. Esto permite entender por qué el método psicoanalítico comprende la pulsión como «motor o energía oculta» de la actividad psíquica (Freud, 1915a). De este modo, se hace evidente que esta inferencia no era pasible de ser observada, lo que justifica el porqué de la denominación de su enfoque como *metapsicológico*.

Cuando Bleger (1958) enuncia que la pulsión es «[...] una inferencia llevada a la categoría de *primum movens*,² de entelequia»³ (p. 78), podría decirse que se refería a que dicha inferencia (aunque, según él, ésta pretende ubicar al psicoanálisis cerca de la biología), al no ser demostrable, como exigen las bases filosóficas positivistas, termina posicionándose como pseudobiología.

La transferencia en el modelo psicoanalítico de Freud

Otro concepto interesante a estudiar es el de *transferencia*, debido a que resulta fundamental como herramienta teórica para el analista y para el modo en que éste entra en contacto con el material simbólico del analizando.

La transferencia, al igual que la pulsión, también se encontró en una fuerte contradicción con el enfoque epistemológico que imperaba y al que intentaba asociarse.

¹ La *metapsicología* es un término derivado de la metafísica que concierne a los procesos psicológicos que no son accesibles directamente por la observación. Estos procesos deben ser deducidos a partir de los datos que proporciona la experiencia introspectiva del sujeto que observa; es decir, no es vinculable con una experiencia práctica, observable de forma objetiva o única. Freud (1915c) establece que la metapsicología de los procesos psíquicos se enmarca por sus «[...] aspectos dinámicos (conflictos internos), tópicos (lugares psíquicos) y económicos (lo pulsional)» (p. 43).

² Del latín: 'primer motor'.

³ Según la Real Academia Española, *entelequia* refiere a 'Cosa irreal, ideal, que solo existe en la imaginación'.

Este fenómeno es descrito por Freud, en *Estudios sobre la histeria* (1893), como un enlace entre el analista y el analizando, que es falso y que se forma con base en representaciones inconscientes del pasado del segundo. Para Freud, este funcionamiento de «transferir al analista» permite que el analizando viva la situación analítica como una repetición de una experiencia pasada, hecho que dificulta el trabajo analítico.

Más adelante, Freud (1912a) retoma esta noción y la complejiza como herramienta, además de denominarla como una reimpresión-repetición en el aquí y ahora con el analista en la que el analizando reimprime en al analista (o médico, según la traducción de Etcheverry) una imago de su infancia, que perpetúa en las sesiones y que el analista debe trabajar. Es un dato relevante el hecho de que la transferencia esté construida por contenidos conscientes e inconscientes (Freud, 1912a). Esto quiere decir que, si bien el sujeto expresa un contenido de forma consciente, éste posee también otro contenido de forma inconsciente o latente.

Lo interesante de este punto es el modo en que el analista toma contacto con ese material inconsciente que queda replegado en un despliegue aparentemente consciente para el analizando. El analista experimenta la transferencia del analizando mediante sus asociaciones libres (Freud, 1912b). Es decir, mediante otra abstracción se infiere que se está justamente «transfiriendo» material no visible, no manipulable, pero sí intuible por la percepción del analista.

La siguiente enunciación de Freud (1912a) deja en claro que mediante la experiencia se podría dar por sentado que un fenómeno como la transferencia es pasible de ser observado en una sesión analítica:

[...] todo ser humano, por efecto conjugado de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse. Esto da por resultado, digamos así, un clisé (o también varios) que se repite —es reimpreso— de manera regular en la trayectoria de la vida, en la medida en que lo consientan las circunstancias exteriores y la naturaleza de los objetos de amor asequibles, aunque no se mantiene del todo inmutable frente a impresiones recientes. Ahora bien, según lo que hemos averiguado por nuestras experiencias, sólo un sector de esas mociones determinantes de la vida amorosa ha recorrido el pleno desarrollo psíquico; ese sector está vuelto hacia la realidad objetiva, disponible para la personalidad consciente, y constituye una pieza de esta última. Otra parte de esas mociones libidinosas ha sido demorada en el desarrollo, está apartada de la personalidad consciente, así como de la realidad objetiva, y sólo tuvo permitido desplegarse en la fantasía o bien ha permanecido por entero en lo inconsciente, siendo entonces no consabida para la conciencia de la personalidad. [Subrayado propio]. (p. 23)

En esta cita se considera fundamental remarcar que Freud habla de una supuesta realidad objetiva, asimilable a una verdad o a un mundo único de percibir. Se puede considerar esto como rastros del enfoque científico que Freud pretendía incorporar a su metodología metapsicológica.

La transferencia en la situación analítica se encuentra estrechamente ligada a la resistencia como fenómeno que encuentra desarrollo desde la energía libidinal, que es apreciable, solamente en las neurosis (Freud, 1912a). Freud entendía que «[...] todos los conflictos tienen que librarse en definitiva en el terreno de la transferencia» (1912a, p. 24).

Freud (1912a), con respecto al lugar que ocupaba la transferencia en la situación analítica, enuncia que:

Es en este campo donde debe obtenerse la victoria cuya expresión será sanar duraderamente la neurosis. Es innegable que domeñar los fenómenos de la transferencia depara al psicoanalista las mayores dificultades, pero no se debe olvidar que justamente ellos nos brindan el inapreciable servicio de volver actuales y manifiestas las mociones de amor escondidas y olvidadas de los pacientes. (p. 26)

Por tanto, el método psicoanalítico estipuló claramente que, basándose en la noción de inconsciente, se podía dar cuenta de que la transferencia existía y de que era la vía regia hacia el mundo interno del analizando. Al fundamentar que la conflictiva se encontraba en el inconsciente del analizando, guiadas desde un comienzo por conflictos pulsionales del desarrollo psíquico, se ubicaba al objeto de estudio del psicoanálisis en el plano de lo intrapsíquico. Es decir, el objeto de estudio se encuentra dentro de un mundo de conflictos motivados por factores internos que utilizan el mundo externo de forma instrumental para dar vida a los movimientos pulsionales, que son el motor inicial de dicha conflictiva.

También cabe destacar que lo que el discurso psicoanalítico enuncia en su época con respecto a aquello subyacente a las palabras, generaba más bien la idea de una construcción literaria más que un método clínico innovador (Matus y Rojas, 2000).

Por último, interesa destacar cómo en el correr de los años de investigación de este autor puede verse un Freud más cauto con sus elucidaciones, llegando al punto de ubicar el psicoanálisis en una posición casi de sometimiento a los posibles nuevos descubrimientos con los que la biología podría contribuir:

Advertimos bien que la incerteza de nuestra especulación se vio aumentada en alto grado por la necesidad de tomar préstamos a la ciencia biológica. La biología es verdaderamente un reino de posibilidades limitadas; tenemos que esperar de ella los esclarecimientos más sorprendentes y no podemos columbrar las respuestas que decenios más adelante dará a los interrogantes que le planteamos. Quizá las dé tales que derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis. [Subrayado propio]. (Freud, 1920, p. 16)

Algunas reflexiones acerca del psicoanálisis freudiano

Si se «observa» la técnica psicoanalítica de aquellos tiempos, parece ser claro que esta práctica clínica comprendía una situación estrictamente analítica.

En esta situación analítica, el analizando, guiado por la asociación libre, comenzaba a tomar contacto con su interioridad, que iba siendo vislumbrada por el analista y que era objeto de la transferencia. En este dispositivo es necesario que el psicoanalista se ubique en un lugar neutral y abstinente, apoyado en la atención flotante con el fin de hacer consciente lo inconsciente del material que trae el analizando (Freud, 1912b; 1915c; 1917b).

Si observamos esto desde el presente, se puede interpretar que el psicoanálisis freudiano posiciona al analista y el saber no como un objeto único y objetivo (como pretendía), sino como la subjetividad que está atravesando al objeto de estudio indisolublemente.

Por esta razón es que Freud exige a los analistas que, antes de poder ser catalogados como psicoanalistas, deben tener su propio proceso psicoanalítico. Por este medio se buscaba que las interferencias en el análisis fueran nulas; así podría el analista vagar en atención flotante sin entremezclar el material del analizando con su subjetividad. Es claro que se requería de un analista con una aguda visión para reconocer la implicancia que él mismo podía llegar a generar en el análisis de la transferencia del analizando (Freud, 1912a). En un futuro, esta lectura produciría un quiebre en la discusión acerca de la capacidad del analista para mantener una postura verdaderamente neutral y abstinente.

Si retomamos la idea que se expuso anteriormente acerca de que se desdibuja el límite entre sujeto y objeto, podemos afirmar que esto daba lugar a un saber ubicado no desde la distancia y las leyes objetivas, sino desde un saber entramado en el centro de la cuestión, por tanto, siempre construido en cada encuentro en particular (Matus *et al.*, 2000). Es importante reiterar que ésta es una posible lectura de un acontecimiento que se podría denominar «histórico» y que no poseía por sí mismo esta intencionalidad expresada.

Por otro lado, si bien toda esta teoría observada desde la actualidad puede ser catalogada como innovadora o revolucionaria para la época, también se puede ver que desde sus comienzos los problemas clínicos fueron varios; el modelo clásico diseñado en un principio para tratar a las pacientes histéricas no encontraba eficiencia suficiente y, con el tiempo, tampoco daba cuenta ni podía explicar aspectos clínicos que comenzaban a ser de cierta relevancia social, como el trabajo con niños, con parejas, con familias, con grupos, etc. (Freud, 1905a).

También es de destacar que Freud, en un principio, consideraba que utilizar la interpretación como herramienta de comunicación del material analizado permitía hacer consciente lo inconsciente. Ésta es una noción importante debido a que él entendía que ésa era la vía regia a la curación del analizando, es decir, para él, hasta ese momento era suficiente con hacer consciente lo inconsciente (Freud, 1912a; 1920).

También es importante recordar que las innovaciones de la teoría del inconsciente y la noción de la transferencia se pusieron en práctica con la investigación de las fantasías inconscientes de las pacientes de Freud. Si consideramos estas construcciones teóricas, se puede interpretar que, sin pretenderlo, aludían a la subjetividad como una producción única e irrepetible. En la misma línea, Schroeder entiende que «[...] el método psicoanalítico habría permitido acceder a la subjetividad de un modo inédito: a través del análisis de la transferencia» (2006, p. 41).

El complejo de Edipo y su relación con la estructuración del psiquismo

Otra de las nociones teóricas importantes de Freud es el complejo de Edipo, que ocupa un lugar en la estructuración del psiquismo del infante (Freud, 1924). Se puede entender, de este modo, que el conflicto psíquico deviene de un mundo simbólico único e irrepetible, que tiene, en primera instancia, estrecho contacto con el movimiento pulsional y que, a su vez, guarda fuerte relación con el complejo de Edipo y con la prohibición del incesto como reguladores universales (Freud, 1910; 1924).

Son esclarecedoras las palabras de Schroeder (2006) cuando estipula que el complejo de Edipo «[...] no constituye una verdad ontológica sino una verdad histórica» (p. 46). Estas palabras permiten retomar la idea que se expuso anteriormente con respecto a que Freud inevitablemente construye un modelo teórico que guardaba estrecha relación con la producción idiosincrática de la época.

El psicoanálisis de Freud: un enfoque solipsista

Antes de finalizar este capítulo, se puede señalar que, sin pretenderse, se había trazado un futuro solipsista en la teoría freudiana (Berenstein, 2001).

Para entender lo que se intenta transmitir, es importante tener en claro que solipsismo se compone por *solus ipse*. *Solus* hace referencia a 'solo', 'único', e *ipse* a 'él mismo' o 'yo'.

Es decir, que lo que se quiere expresar es que el enfoque hasta ese momento sólo daba cuenta del yo mismo, del sujeto que ve a otro sujeto no como un otro, sino como su propio yo le permite verlo. En ese sentido, no hay espacio para el impacto del otro como un otro, sino más como un objeto.

Si tenemos en cuenta esto, se torna comprensible que este enfoque de características solipsista no pudiera ni pretendiera producir teoría en relación a las parejas, a las familias o a los grupos.

Es pertinente enunciar que en un principio éstos no fueron objetivos del método freudiano, porque se encontraba con otras entrecruzadas que le impedía poder complejizar la clínica en estos otros campos, y que claramente exigían novedades epistemológicas. Por tanto, donde

Freud deja su producción e investigación quedan abiertas las puertas para revisar muchos conceptos clave, cuya dilucidación permitiría salir de esta entrecruzada que produjo el enfoque solipsista-intrapsíquico.

Sigmund Freud falleció el 23 de septiembre de 1939. La gran dedicación del padre del psicoanálisis dejó germinado un vasto campo para que sus discípulos y seguidores continuaran pensando su teoría, lo que dio lugar a que otras crecieran desde el seno de su creación.

Capítulo 2

La complejización de un enfoque intrapsíquico: autores post-freudianos

Entre las décadas de los treinta y de los cuarenta, algunos autores afines al psicoanálisis freudiano comenzaron a desarrollar e investigar, con el fin de llenar vacíos teóricos con respecto al desarrollo psíquico del infante.

Se puede comenzar a observar un fenómeno dentro de los conocimientos psicoanalíticos de esa época, que empiezan a diversificarse y a formar un todo psicoanalítico, ni lineal ni unificado, en el que la pluralidad de perspectivas contradice la idea de coherencia interna de un único mundo psicoanalítico que había hasta el momento (Bleichmar y Leiberman, 2001).

En este capítulo se destaca a dos representantes de la escuela británica de psicoanálisis: Melanie Klein y Donald Winnicott. Como se puede ver más adelante, sus contribuciones con respecto a las relaciones objetales y a la influencia del ambiente en el desarrollo psíquico fueron de enorme importancia en teorías de peso dentro del conflicto y del desarrollo psíquico.

También interesa señalar que la diversificación de conceptos no sólo generó disidencias teóricas, sino que las discusiones fueron tales que las diferentes posturas se desestimaron entre sí, manteniendo duros y extensos enfrentamientos. El ejemplo más conocido es el famoso enfrentamiento entre la escuela británica, encabezada por Melanie Klein, y la escuela de Viena, encabezada por Anna Freud.

Durante la década de los veinte, ambas autoras desarrollaron teorías sobre el desarrollo psíquico del infante. El primer encuentro entre Anna Freud y Melanie Klein fue en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, el 17 de diciembre de 1924. Ambas teorías, de corte psicoanalítico, desembocaron en diferentes maneras de entender el desarrollo psíquico del infante, teniendo como base el psicoanálisis de Freud (Fernández, 2006).

Según entiende Bleichmar *et al.* (2001), «[...] el enfrentamiento total de Anna Freud y la escuela de Viena fue responsable en parte a que Freud nunca aceptará ni apoyará la obra de Klein, a pesar de que ella se proclama fiel discípula y continuadora de sus ideas» (p. 96).

Dichas escuelas se vieron confrontadas durante décadas. Se podría decir que, gracias a la competencia, los desarrollos teóricos de estas escuelas fueron muy amplios y profundos en su intento de fundamentarse y de contradecir a la otra. Esta lucha entre ambas mujeres llegó hasta tal punto que el propio Winnicott (Rodman, 1990) decidió intervenir, enviándoles una carta en la que las invitaba a conciliarse y en la que comentaba que ya no se trataba ni siquiera de una discusión sobre psicoanálisis, sino de personalidades confrontadas. Ambas autoras rechazaron esta petición (Rodman y Winnicott, 1990).

Lo importante es que del enfrentamiento emergieron escuelas de pensamiento que ampliaron el campo psicoanalítico y que dieron lugar a que el objeto de estudio pueda ser revisado.

También se observa que el compromiso con la comunidad era otro. Ya era claro que el psicoanálisis tenía mucho que ver con la intuición y la experiencia del analista, ya se tenía presente que no era cuantificable ni era pasible de ser verificada por el método científico. Es decir, las diferentes escuelas asumen que el modelo epistemológico del psicoanálisis poseía su propia metodología científica (Bleichmar *et al.*, 2001).

Por tanto, estos nuevos psicoanalistas, que se empoderan de un rol activo dentro de esta teoría, se embarcan en la investigación y en la construcción de nuevas herramientas para saciar las dificultades que el psicoanálisis freudiano hasta el momento no podía enfrentar.

Por estas razones, a continuación, se expone acerca de las contribuciones de Melanie Klein y de Donald Winnicott que se consideran relevantes dentro del círculo psicoanalítico.

Como se podrá ver más adelante, estos autores fueron fundamentales para modificar el enfoque solipsista de Freud, pues empujan hacia una teoría en la que el ambiente y la interacción con el otro (con la madre en particular) cobrará fuerza y vitalidad propia. También permitió continuar problematizando la posición que ocupa el analista en las diferentes teorías con bases psicoanalíticas.

Capítulo 3

Melanie Klein: hitos de las relaciones objetales en el desarrollo psíquico

En 1918, una austríaca llamada Melanie Reizes (quien luego adoptaría el apellido de su marido, Arthur Klein) comienza a participar de congresos internacionales de psicoanálisis, en los que conoce a Freud. Rápidamente se convierte en su discípula y comienza su camino por el psicoanálisis, seguramente, sin saber que dejaría una gran huella (Segal y Friedenthal, 1965).

Esta autora fue una continuadora del pensamiento freudiano y, a su vez, amplió las líneas de análisis del psicoanálisis al punto tal de poder atribuírsele la construcción de su propia escuela psicoanalítica sobre la base de los desarrollos de Freud (Segal y Friedenthal, 1965).

Melanie Klein fue uno de los exponentes más relevantes y reconocidos de la década de los treinta en el mundo del psicoanálisis. Esta autora incursionó en la formulación de una teoría capaz de explicar el desarrollo psíquico infantil. Gracias a su trabajo comprometido, elaboró herramientas que dejaron en claro que también es posible el análisis en niños. En este sentido, Klein obtuvo resultados que expandieron el objeto de estudio del psicoanálisis.

También fue una de las propulsoras más importantes del desarrollo de la escuela británica de psicoanálisis, que, como se mencionó anteriormente, tenía una muy fuerte oposición y desacreditación por parte de la escuela de Viena (Fernández, 2006).

Klein comenzó trabajando en el análisis de niños de una manera original: introdujo como técnica de análisis el juego (Klein, 1955). Ella consideraba que los infantes, al no poder utilizar el lenguaje para expresar lo que les pasaba, podían transmitir el mundo simbólico que estaban construyendo mediante el juego. De esta manera, obtuvo un modo eficaz de generar algún contacto con los conflictos psíquicos y con las fantasías inconscientes de sus pequeños pacientes (Klein, 1932).

El origen de las relaciones de objeto: deflexión de la pulsión de muerte

Leyendo la obra de Melanie Klein (1948; 1980) se puede decir, a grandes rasgos, que esta autora entiende que el conflicto es inherente a la experiencia humana y que el infante, desde el momento en que nace, se encuentra en conflicto. Klein entiende que el yo incipiente del recién nacido se caracteriza por ser inmaduro y desorganizado. Para ella, el infante nace con un yo en medio del conflicto, que es capaz de experimentar ansiedad, de establecer relaciones de objeto primitivas y de utilizar mecanismos de defensa para sobrevivir (Klein, 1933; 1946).

Con base en estas nociones, esta autora continúa el desarrollo de la hipótesis de la deflexión de la pulsión de muerte de Freud (1920) (Klein, 1933). Es importante señalar que el concepto de

deflexión de la pulsión de muerte fue trabajado por Freud (1920) cerca del final de su obra, de donde lo retoma Melanie Klein (1933).

Klein (1946) entiende que el yo se encuentra en una tensión interna intensa entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte. Es por esto que el infante necesita de este mecanismo de defensa, que le permite expulsar al exterior parte de la pulsión autodestructiva para poder así hacer tolerable la gran carga de ansiedad que se produce debido al conflicto intrapsíquico entre las pulsiones.

Entonces, la deflexión consiste en la disociación de un objeto real en dos. Este funcionamiento implica que el yo se escinda, con lo que se proyecta parte de la agresión al exterior y se forma, de este modo, un objeto parcial malo (persecutorio), mientras que la otra parte de la pulsión de muerte y su agresión es introyectada para defender al objeto parcial bueno, formado en el interior y que representa la parte idealizada del objeto disociado, con el cual se identifica (Klein, 1946).

En palabras de Klein (1946):

El yo es incapaz de escindir al objeto —interno y externo— sin que se lleve a cabo una escisión correspondiente dentro del yo mismo. Por tanto, las fantasías y sentimientos con respecto al estado del objeto interno influyen vitalmente en la estructura del yo. (p. 337)

Como se explicó anteriormente, este mecanismo de defensa tiene como fin proteger al infante de su propia autodestructividad (Klein, 1946). La autora explica que:

En efecto, la angustia y la culpa incrementan la necesidad de externalizar (proyectar) figuras malas y de internalizar (introyectar) figuras buenas, de ligar los deseos, el amor, los sentimientos de culpa y las tendencias reparatorias a ciertos objetos, y el odio y la angustia a otros; de encontrar en el mundo exterior representantes de las figuras internas. (Klein, 1980, p. 373).

Por estas razones, Klein entiende que es fundamental para el desarrollo psíquico que este mecanismo de defensa se active en este primer momento. Debe haber, desde este momento, un correcto funcionamiento del mecanismo de defensa para dar lugar a que las relaciones objetales se vayan instaurando, para, posteriormente, formar una estructura. Si en este proceso la introyección falla, puede llegar a haber una falla estructural en el yo primitivo del infante y a producirse una patología (Klein, 1933; 1946).

El lugar materno en el psicoanálisis de Melanie Klein

Algo novedoso que interesa destacar de estos aportes es que para Melanie Klein la madre ocupa un lugar determinante para que el desarrollo psíquico se cumpla.

Como se vio anteriormente, el infante va construyendo en la relación con ella sus objetos internos en interrelación con los objetos externos. En un primer momento, el bebé no logra diferenciar estos dos mundos, más bien alucina con ellos, pero progresivamente se va complejizando la estructura psíquica gracias a la relación que mantiene con la madre y con sus objetos. A medida que se complejiza, el niño comienza interiorizar y a diferenciar estos mundos, hecho que le permite reconocer a los demás sujetos como seres individuales, diferenciados en cierta medida de sí mismo (Ramírez, 2010).

Se podría enunciar que estas ideas acerca del desarrollo del psiquismo del infante, basadas en la interacción de objetos internos y externos gracias a la deflexión de la pulsión de muerte, comenzaron a ubicar tímidamente a la madre en un lugar de cierta importancia para el progreso normal de la actividad intrapsíquica del infante.

Se puede observar así que en la obra de Melanie Klein se otorgó una cierta importancia a los factores externos en el desarrollo del psiquismo. Sin embargo, es claro que el foco sigue estando principalmente en los movimientos pulsionales como fenómeno intrapsíquico.

Reforzando esta idea encontramos a Bleichmar *et al.* (2001), quien afirma que «[...] aunque los factores ambientales son muy importantes —en la teoría de Klein— nunca serán tomados como un elemento exclusivo o definitorio» (p. 110).

De manera categórica, Bianchi *et al.* (1998) enuncia que:

[...] el pensamiento de Melanie Klein reforzaba la apuesta ya que los objetos del mundo interno, (proyectados o introyectados) ejercían literalmente una acción sobre el sujeto. [...] De ese modo, se conseguía pasar del modelo transferencial de Freud como repetición facsimilar y actualización de clichés, a la personificación del mundo interno en las relaciones cotidianas, y, por lo tanto, también en el setting analítico. (p. 46)

La teoría de las posiciones de Melanie Klein

También resulta de gran relevancia la teoría de las posiciones que desarrolla esta autora luego de figurar la deflexión de la pulsión de muerte.

A esta altura, es claro que Melanie Klein entendía el conflicto psíquico de forma diferente a Freud. Para ella, el conflicto psíquico estaba basado en una lucha constante entre emociones y fantasías inconscientes, entre objetos internos y externos. Por esto, propone la idea de una lucha pulsional constante entre sentimientos de amor-odio dentro de la mente del infante, que inicia con la deflexión de la pulsión de muerte. Este sistema de relaciones emocionales atraviesa las denominadas posición esquizo-paranoide y posición depresiva, que organizan el funcionamiento del psiquismo (Klein, 1935, 1946).

Así también, un gran aporte de la teoría kleiniana al psicoanálisis fue el concepto de identificación proyectiva como mecanismo de defensa. Éste es un fenómeno normal

(dependiendo de su intensidad) que se caracteriza por la capacidad de colocar en un objeto externo una parte del *self* que no es tolerable. Cuando el mecanismo se reproduce en forma indiscriminada, produce una confusión e indiferenciación entre lo que es del sujeto y lo que es del objeto (u otro sujeto, hasta el momento siempre considerado como objeto) (Klein, 1946).

Por lo tanto, la teoría kleiniana trajo consigo herramientas como la identificación proyectiva, la teoría de las posiciones y la complejización de la relación de objeto, para continuar pensando y sintiendo al analista «[...] como objeto de transferencia-contratransferencia de la clásica relación objetal» (Puget, 1995, p. 422).

De este modo, se da cuenta de que a medida que la teoría kleiniana continuaba avanzando y aportando conceptos, también se iba delimitando cada vez más claramente las disimilitudes con el enfoque freudiano. Como se enunció al comienzo de este apartado, estos desarrollos conceptuales adquirieron sus propias características, que abrieron sus propios senderos.

Para este trabajo, resulta particularmente importante su concepción a la hora de explicar el funcionamiento del mundo interno de los niños porque, aparte de que complejiza la manera de entender el desarrollo psíquico del infante, habilitó a continuar pensando nuevas líneas, que desencadenaron nuevos y diversos desarrollos teóricos en psicoanálisis.

En la teoría kleiniana, la función que cumplía el analista era de interpretar en profundidad todo el material asociativo en el juego y comunicar qué es lo que ocurre en su mente (Bleichmar *et al.*, 2001).

Dentro de las críticas que recibe este enfoque, cabe destacar la caracterización que le da Bleichmar *et al.* (2001). En su trabajo, es calificado como genético porque entiende que hace un énfasis exagerado en que las fantasías de los adultos son una repetición de las de las primeras etapas de vida. Estos autores entienden que se volvía a dejar de lado (en alguna medida) qué era lo que ocurría en el encuentro con el paciente: el analista quedaba relegado a observar, a organizar y a dar sentido al conflicto psíquico, sin quedar muy claro en qué medida el analista influía, no como un sujeto externo al conflicto, sino como un sujeto que forma parte de una relación específica.

Por ésta y otras razones, seguían sin poder ser resueltas muchas interrogantes al respecto de las relaciones entre sujetos: lo relacional, lo grupal y lo familiar. La demanda social y científica continuaba vigente en relación con el vacío teórico que se sentía al momento de enfrentar problemáticas que, por entonces, resultaban complejas.

Desde aquí se podría comprender que la noción que se daba de desarrollo psíquico, aunque se había complejizado bastante, aún no era lo suficientemente contemplativa como para poder dar sentido a lo que ocurre en las relaciones con los otros.

Por último, se entiende que, observando desde la actualidad estos acontecimientos, queda claro que fue un hito para el desarrollo de las teorías con base en el psicoanálisis freudiano y para la comprensión del mundo de las relaciones humanas.

Capítulo 4

Donald Winnicott: la incidencia del ambiente en el desarrollo psíquico

Donald Winnicott nació en el año 1896 en Plymouth, Inglaterra, y creció en el seno de una familia de clase media alta. En 1916 comienza sus estudios de medicina y en 1919 tiene contacto por primera vez con los textos de Freud. Con el correr de los años decide especializarse en pediatría (Calzada, 2009).

En 1920 se gradúa de médico pediatra y en 1923 comienza a trabajar como tal. Alrededor del año 1927, Melanie Klein se muda a Londres y comienza a supervisar a Winnicott, lo que será de gran influencia para su futuro como psicoanalista (Calzada, 2009).

Desde muy temprano en su carrera como pediatra, Winnicott observó, al igual que Melanie Klein, que los problemas emocionales parecían encontrar origen en las etapas tempranas del desarrollo. A su vez, gracias a las supervisiones de Klein, se sintió aventurado a continuar pensando e investigando los objetos tempranos (desarrollando posteriormente el concepto de objeto transicional). Sin embargo, a pesar de la gran influencia que tuvo de Klein, en el correr de su obra él se fue distanciando de las teorizaciones de ella.

Algunas nociones de Winnicott acerca del desarrollo psíquico

Se podría decir que uno de los factores fundamentales que lo llevó a distanciarse de ella fue el hecho de que ambos autores consideran de diferente manera la influencia de los factores que afectan el desarrollo emocional del niño.

Por un lado, se veía una Klein que entendía que la interacción del niño con la madre llevaba al desarrollo de objetos internos, los cuales formaban conflictos psíquicos, primordialmente intrapsíquicos, y se podían ver reflejados en la interacción con el mundo externo.

Por el otro lado, Winnicott partió de un supuesto que lo distancia de esta afirmación y lo obliga a generar su propia noción de conflicto y de desarrollo psíquico.

Para este autor, en el desarrollo psíquico intervienen factores heredados y factores ambientales, teniendo este último un rol de facilitador (o no) del proceso de maduración. Con base en esto, Winnicott (1963; 1993) agrega que el bebé nace en un estado de dependencia, de no integración y de vulneración, que se denomina etapa de dependencia absoluta. Esto ubica a la madre del bebé en un rol fundamental, de sostén (Winnicott, 1989).

A este respecto, Winnicott (1955) afirma que:

Al principio, se halla la dependencia absoluta. Hay dos posibles resultados: en uno la adaptación ambiental a la necesidad es suficiente, de manera que empieza a existir un yo que, con el tiempo, podrá experimentar impulsos del ello; en el otro, la adaptación ambiental no es suficiente, por lo

que no hay una verdadera instauración del yo, y en su lugar se desarrolla un pseudo self constituido por la agrupación de innumerables reacciones ante una sucesión de fracasos de adaptación. (p. 1)

Por tanto, esta etapa (que va desde el nacimiento hasta los seis meses, aproximadamente), en la que el bebé depende absolutamente de la madre, se inaugura en el primer momento de relación en tanto cuerpos madre-hijo que se separaron.

Otra manera de enunciar esto es que el bebé depende absolutamente del medio y, debido a que aún su psiquismo no ha madurado lo suficiente, no tiene la posibilidad de percibir que depende de un otro que lo cuida y/o sostiene. Se puede entender así que es un período de fusión e indiferenciación con su madre (Winnicott, 1963).

Por tanto, este autor, a diferencia de Klein, consideraba que el déficit estructural se genera por trabas en el desarrollo del psiquismo, que se produjeron debido a que el cuidado y/o sostén que dispuso el ambiente no fueron propicios para un normal desarrollo.

Esto no quiere decir que el ambiente produzca el conflicto psíquico del niño, sino que el desarrollo adecuado del psiquismo depende en primera instancia de un sostén adecuado del ambiente hacía el bebé. Entonces, si el cuidado materno es exitoso (es decir, hay un sostén adecuado), los procesos de maduración innatos del bebé tendrán una base cimentada para que se cumpla correctamente el desarrollo psíquico. Así se establece una continuidad del ser en el infante, que facilita la integración psíquica. En cambio, si el sostén falla, se generan fallas estructurales en la integración del yo y del *self*, debido a que los cimientos psíquicos se gestan en una carencia, en la falta de un sostén adecuado. De aquí parte el concepto de falso *self* en la teoría de este autor (Winnicott, 1960a; 1963).

Profundizando, resulta importante destacar las tres funciones fundamentales que cumple la madre en la relación y el cuidado del infante: el sostenimiento (*holding*), la manipulación (*handling*) y la presentación de objetos (*objet-presenting*). Si el infante los transita adecuadamente, se generará un buen desarrollo emocional (Winnicott, 1965).

Éstos son algunos de los conceptos por los cuales se puede decir que, como psicoanalista, Winnicott desarrolla sus propias concepciones y aportes partiendo de la base e influencia que recibió del psicoanálisis freudiano y kleiniano.

Como se viene comentando, uno de los aportes más importantes de su edificio teórico es la noción de que el bebé nace indefenso, como un ser desintegrado y sin capacidad de sobrevivir por su cuenta; es decir, el bebé, en primera instancia, necesita del ambiente para sobrevivir (Winnicott, 1960b). Por esto Winnicott (1993) entiende que el bebé requiere un «yo auxiliar».

Para Winnicott, la madre es suficientemente buena cuando funciona como un «yo auxiliar», de quien el niño depende hasta que logre desarrollar ciertas capacidades que, según considera este autor, son innatas (Winnicott, 1960b; 1993). Este «yo auxiliar» suprime de a momentos los montos de angustia que puede llegar a sentir el infante. Se entiende que el niño vive el *holding*

exitoso como una continuidad existencial, como una experiencia de bienestar y, en cambio, si el *holding* falla, se traduce en experiencias de amenaza y persecución que pueden complejizar el desarrollo normal del niño (Winnicott, 1960a). En este punto también se distancia de Klein, pues ella consideraba que esto no se producía nunca de forma lineal y que estaban en juego muchos procesos intrapsíquicos que podían llevar a que el niño asimile una experiencia con la madre como mala.

Retomando las palabras de Winnicott (1993), él entiende que «[...] sin ese yo auxiliar, el yo del infante carece de forma, es débil, se lo fragmenta con facilidad, y es incapaz de crecer siguiendo los lineamientos del proceso de la maduración» (p. 307). Cuando el yo auxiliar materno es deficiente en esta etapa, se traduce en una falla de provisión ambiental que no habilita un desarrollo normal del psiquismo (Winnicott, 1960a).

Por tanto, éste es el lugar que ocupa el ambiente en el desarrollo del psiquismo. No cumple una función directa sobre el desarrollo del psiquismo, sino que, más bien, es el sostén para que los procesos de maduración que trae el infante de forma innata se realicen de forma normal.

El lugar de los fenómenos y objetos transicionales en el desarrollo del psiquismo

Luego de transcurridas estas etapas, el bebé gradualmente logra una separación con la madre. Esta separación se cumple lentamente, internalizando aspectos de la madre que lo encaminan hacia una futura independencia, cuando se podrá diferenciar definitivamente de ella (Winnicott, 1958).

Este proceso en el desarrollo psíquico del bebé es importante debido a que éste podrá dar sentido a las cosas, tendrá mente propia. Estar a solas no será tan angustiante debido que, mediante la interiorización de objetos buenos, generará la capacidad de estar satisfecho por sí mismo (Winnicott, 1958).

Pero para alcanzar esta etapa, para poder generar objetos buenos y estar solo, primero el bebé deberá valerse de lo que Winnicott (1959) denomina *objeto transicional*. Este objeto se caracteriza por ser el primer objeto diferenciado al que logra asignarle una significación determinada, una abstracción.

Este objeto, a grandes rasgos, cumplirá la función de calmar la angustia y la ansiedad del bebé (Winnicott, 1963). Mediante él, el infante logra alcanzar un cierto estado de tranquilidad, de unión, de sostén a sí mismo, lo que es útil para que, con una transición paulatina, pueda separarse y diferenciarse de su madre.

¿A qué se debe este salto cualitativo de la experiencia subjetiva del bebé? A que los objetos transicionales le implican al infante generar una representación simbólica de lo que sería el reencuentro con la madre luego de una separación. De este modo, se entiende que el objeto es

catectizado:⁴ el infante lo crea en un sentido psicológico, es decir, adquiere significados y pasa a ser un sostén intermediario de la ausencia de la madre (Winnicott, 1951).

Este objeto transicional también adquiere una importancia en tanto cuerpo. El bebé puede tener contacto con él y se caracteriza por tener aromas, textura o alguna forma particular que le representan y recuerdan a esa madre, a esas sensaciones corporales que ella le genera.

Por tanto, éste le ayuda a tener un sostén propio mediante la capacidad de simbolización, que se va gestando en este punto. Este sostén, en primera instancia básico, le permitirá de aquí en más producir sus propios objetos para continuar en el camino hacia una posible independencia y diferenciación del otro. A su vez, esta etapa que lo habilita a consolidar y a diferenciar el mundo interno del externo; le da herramientas para comprender y significar el mundo de las relaciones y de la cultura (Winnicott, 1951).

La adaptación a la realidad y la independencia según Winnicott

Por otro lado, en concordancia con las líneas anteriores, Winnicott (1945) propone una teoría acerca de la maduración emocional del bebé. Ésta está dividida en tres etapas diferentes y sucesivas, que son: de integración y personalización, de adaptación a la realidad, de preinquietud o crueldad primitiva (Winnicott, 1945).

De estas etapas interesa el énfasis que Winnicott pone en la de la realidad. Luego de que el yo del infante se integra, éste se encuentra preparado para la adaptación a la realidad, cuando él mismo paulatinamente se va diferenciando del mundo externo y puede entender que son dos mundos separados.

Resulta interesante, pues, analizar estas oraciones del autor con respecto a la adaptación a la realidad, luego de que se cumple la integración:

Demos por aceptada la integración. Si hacemos esto alcanzamos otro tema enorme: la relación primaria con la realidad exterior. En los análisis ordinarios damos por supuesta esta etapa en el desarrollo emocional, que es altamente compleja y que cuando se ha realizado representa un gran avance en el desarrollo emocional y, no obstante, nunca se logra establecer finalmente. Muchos casos que consideramos inapropiados para el análisis lo son ciertamente si no podemos «manejar las dificultades de la transferencia», lo que pertenece a una falta esencial de verdadera relación con la realidad exterior. En algunos análisis de psicóticos encontramos que esta falta de verdadera relación con la realidad externa representa casi la totalidad del problema. (Winnicott, 1945, p. 1012).

⁴ En el *Diccionario de psicoanálisis* de Laplanche y Pontails (1983), *catexis* se define como un 'concepto económico, la catexis hace que cierta energía psíquica se halle unida a una representación o grupo de representaciones, una parte del cuerpo, un objeto, etcétera. Es una carga o investimento'.

Consideramos que lo que el autor intenta expresar lo siguiente: nunca se termina de establecer la adaptación a la realidad debido a que el funcionamiento intrapsíquico está constantemente en interacción y adaptación con la realidad.

Es decir, las imágenes y las fantasías construidas en el infante en interrelación con la madre están siempre en un intercambio y adaptación con ella mediante la experiencia concreta. Se puede considerar que al referirse en el mismo escrito a que en el «[...] análisis de psicóticos encontramos que esta falta de verdadera relación con la realidad externa representa casi la totalidad del problema» (Winnicott, 1945, p. 1012) desea señalar, justamente, esta dependencia con la realidad para un desarrollo normal del psiquismo y que el infante interacciona más con sus fantasías y alucinaciones que con la realidad.

Por último, tomaremos estas líneas:

Una de las cosas que sigue a la aceptación de la realidad externa es el beneficio de ser conquistado por ella. A menudo vemos las frustraciones reales impuestas por la realidad externa, pero es menos a menudo que nos enteramos del alivio y satisfacción que proporciona. La leche real satisface comparada con la leche imaginaria, pero el caso no es éste, sino que en la fantasía las cosas actúan por magia: no hay frenos en la magia, y el amor y odio causan efectos alarmantes. La realidad externa tiene frenos sobre eso y puede ser estudiada y conocida; y, en efecto, la fantasía es sólo tolerable plenamente cuando se ha apreciado bien la realidad objetiva. (Winnicott, 1945, p. 1013)

De aquí se desprende que Winnicott, al igual que Freud, vuelve a hablar de una realidad objetiva, haciendo referencia a una experiencia de contacto del bebé con el pecho de la madre.

También este autor comienza a pensar en la influencia del padre y de la madre en la interrelación real, en la que los cuidadores son los facilitadores y, en cierta medida, hasta responsables de que el niño se desarrolle emocionalmente de forma adecuada.

Para finalizar este apartado, señalaremos otro concepto que desarrolla Winnicott (1991) y que adquiere mayor sentido junto al concepto de adaptación a la realidad: el proceso de individuación. Este autor entiende que este proceso también abarca toda la vida, ya que el ser humano está continuamente buscando constituirse como individuo.

Winnicott (1991) plantea que el individuo siempre está en tarea de ser independiente. Este proceso de individuación comienza desde el momento en que el bebé abandona el cuerpo de la madre, aunque en términos psicológicos siga existiendo una simbiosis totalmente necesaria para la supervivencia tanto física como psíquica del bebé. De algún modo, la noción que se plantea es que el individuo tiene como meta diferenciarse, ser independiente y único.

Capítulo 5

El surgimiento de un nuevo psicoanálisis: un inevitable giro epistemológico

Los conceptos y reflexiones hasta ahora expuestos, entre muchos otros que fueron surgiendo en el ambiente psicoanalítico (que lamentablemente exceden a sobremanera los límites trazados para este trabajo), comienzan a esbozar y a plantear una teoría que no sólo lleva a repensar las herramientas técnicas del psicoanálisis freudiano (como la neutralidad, la abstinencia y la transferencia), sino que, fundamentalmente, modifica el modo de comprender el desarrollo psíquico. De esta manera, se modifica forma de entender la incidencia de las relaciones en el conflicto psíquico.

Todos estos desarrollos desembocaron en un infranqueable cambio epistemológico. Los vastos conocimientos fundados con años de investigación, discusión e intercambio dieron lugar a un complejo entramado de saberes que no podían tener otro puerto que el de la intersubjetividad.

Se puede ver, entonces, que de a poco se comienza a cuestionar desde la teoría todo eso que daba cuenta de una práctica analista-analizando, que podría adjetivarse como «distanciada», y que se basaba en el fundamento de que el conflicto psíquico posee un basamento pulsional, intrapsíquico; por tanto, el contacto con el inconsciente del analizando debía ser una especie de trabajo quirúrgico, sin que el analista «contamine» el material a analizar. Todo este movimiento reforma claramente la forma de observar y de entender la clínica psicoanalítica individual y grupal.

También es importante destacar que, en esta etapa tan productiva para las teorías, que entraban a tomar más cuerpo con respecto al trabajo enfocado hacia las relaciones humanas desde la impronta psicoanalítica, éstas empiezan a ser fuertemente desaprobadas. Según menciona Bianchi *et al.* (1998), estos desarrollos teóricos de base psicoanalítica eran vistos como pensamiento psicoanalítico no oficial.

Según entiende Friedler (2000), la complejidad y la polisemia llevaron a que los psicoanalistas clásicos desestimaran los conceptos en relación a lo vincular, con lo que pretendían mantener su forma de pensar el sujeto desde una vertiente intrapsíquica sin mayor intercambio con otras posturas.

Como se ha expuesto hasta el momento, los desarrollos conceptuales comenzaban a desembarcar en un cambio epistemológico que invitaba a pensar el desarrollo del psiquismo en términos tales que lo hacían inseparable de la interacción del sujeto con el ambiente.

Así, lo individual y lo social como dualismos, paulatinamente, fue perdiendo sentido, ya que se comenzaba a entender que ambos se forman en una dialéctica continua y, por tanto, son recíprocos.

De este modo, se veían dos modelos que comprenden el desarrollo psíquico de manera diferente. Para el modelo freudiano, enfocado en lo intrapsíquico, los vínculos se ven siempre en términos de relaciones de objeto, por tanto, no «entre» sujetos. Es decir, que la incidencia de las primeras etapas de vida surge en el presente como una mera repetición.

Y, por otro lado, la nueva vertiente apuntaba a un modelo basado en una concepción intersubjetiva, que entendía que el desarrollo del psiquismo tiene estrecha relación con lo social, donde los vínculos o relaciones cumplen una función siempre latente.

Una perspectiva psicoanalítica enfocada desde la intersubjetividad

Los desarrollos de los tres autores que hemos expuesto forman parte de años de dedicación e investigación en teoría y práctica psicoanalítica. Lo interesante es cómo de a poco se integran conceptos que contradicen la teoría freudiana, de la que parten.

El pensamiento de Melanie Klein y de Donald Winnicott (entre otros autores de relevancia para el psicoanálisis, como Ferenczi, Fairbairn, Bowlby, Mahler, Kohut y Sullivan) invitaba a confrontar esta noción del sujeto como «[...] un conglomerado de tensiones asociales y físicas representado por la mente por urgentes deseos sexuales y agresivos que pugnan por expresarse» (Mitchell, 1993, p. 13). Se toma distancia de la idea de que existe un mundo pulsional cuya función es descargar tensiones valiéndose del mundo social para desarrollar este fin.

Debemos señalar que estos autores predecesores se caracterizan por enfocarse en etapas más tempranas del desarrollo del psiquismo del infante. Es por esto que surge, de la mano de Melanie Klein y posteriormente de Donald Winnicott, la idea de que la interacción del infante con la madre y con el ambiente adquiere una relevancia estructurante, pues deja una brecha para reflexionar cuál es el lugar que ocupa la interacción con el medio circundante (Benjamin, 1996).

Como vimos, en una primera instancia el foco estaba dirigido hacia las relaciones objetales y hacia la díada madre-hijo como factores de influencia directa en el desarrollo del psiquismo del infante. Estas nociones dieron lugar a otra, que consiste en que el desarrollo psíquico está estrechamente ligado al contacto irremediable con el otro.

Por tanto, los diferentes aportes de estos autores dieron pie a pensar la vida mental en términos de interacción y de relación con el mundo circundante. Es así que comienza a surgir una línea del pensamiento psicoanalítico que se encuadra, según Stephen Mitchell (1993), dentro del modelo relacional, que entiende que las relaciones con el otro son el motor principal de la mente y de su desarrollo.

Para Stephen Mitchell (1993), las teorías del modelo relacional son el psicoanálisis interpersonal, la teoría de las relaciones objetales de la escuela británica y la psicología del *self*, que nos describen como:

[...] si estuviéramos conformados por una matriz de relaciones con los demás, en la cual estuviéramos inscritos de manera inevitable, luchando simultáneamente por conservar nuestros lazos con los demás y por diferenciarnos de ellos. [...] La unidad básica de estudio [...] es el campo de interacciones dentro del cual surge el individuo y pugna por relacionarse y expresarse. [Subrayado propio] (p. 14)

Desde aquí se puede ver que lo que diferencia a estos desarrollos posteriores de los de Freud es que la mente es considerada como una compleja trama de interacciones pasadas y presentes. La mente es definida como diádica, en el sentido de que se co-construye con otros y, en relación, inevitablemente continua a lo que se suele denominar mundo exterior. Desde esta perspectiva, el modelo de la mente monádico de Freud pierde paulatinamente fuerza y sentido, sellándolo como una construcción netamente solipsista y, en buena medida, desconectada del entorno social.

La diferencia fundamental radica en el modo en que cada uno de estos dos modelos (modelo pulsional, modelo relacional) se para frente a las consideraciones biológicas, culturales, corporales y sociales (Mitchell, 1993).

Para el modelo freudiano, la cultura y la sociedad son medios con los que satisfacer las necesidades biológicas. En cambio, para el modelo relacional, la cultura y la sociedad se definen en consonancia con la biología, formando cadenas interminables de influencias. Es decir, la cultura y la sociedad producen modificaciones en el cuerpo, y el cuerpo produce modificaciones en la cultura y en la sociedad.

Es tácito que cultura, sociedad, cuerpo o biología no podrían existir en forma cognoscible sin los otros; sin embargo, es necesario utilizar el lenguaje para diferenciarlos, no porque sean conceptos completamente separables unos de otros, sino porque se utilizan de este modo para delimitar y poder transmitir una noción. Con esto se pretende enunciar que no podría existir sociedad, cultura o cuerpo sin cada uno de ellos.

Todas las nuevas teorías que se desarrollaban desde el seno del psicoanálisis freudiano sufrían acusaciones de ser psicoanálisis no oficial (Bianchi *et al.*, 1998). No es de extrañar que las teorías del modelo relacional hayan sido juzgadas por parte de la ortodoxia psicoanalítica como representantes ilegítimos de la teoría psicoanalítica (Coderch, 2012).

Lo cierto es que desde la teoría de Freud hasta el psicoanálisis relacional como teoría social hay un cambio paradigmático muy importante, que no pretende ni desconocer ni abandonar el intercambio con sus raíces. Esto se puede percibir en los trabajos de autores como Benjamin

(1996), Coderch (2012) y Mitchell (1993; 2015), quienes, en sus producciones, pretenden integrar y problematizar conceptos básicos de la historia del psicoanálisis.

Stephen Mitchell (1993) también emplea el término «matriz relacional», con el que refiere a que el modelo relacional pretende no abandonar el mundo intrapsíquico en pos de un mundo intersubjetivo o interpersonal, sino, más bien, integrar ambos para complejizar la comprensión de la vida mental. Para él, «[...] los terrenos interpersonal e intrapsíquico se crean, penetran el uno en el otro y se transforman de manera mutua, sutil y compleja» (Mitchell, 1993, p. 21). Se podría decir que Benjamin, a este respecto, también está de acuerdo: «Mi idea es que la teoría intrapsíquica y la teoría intersubjetiva no deben considerarse opuestas, sino como modos complementarios de comprender la psique» (1996, p. 34).

Desde este lugar, el modelo relacional establece las relaciones como su objeto de estudio principal, sin eliminar la dimensión individual (objetal) del sujeto. Entonces, aunque el modelo entienda la mente del individuo como un producto de las interacciones sociales, de la experiencia subjetiva y el lenguaje, se establecen matrices relacionales únicas e irrepetibles que guardan una cierta conexión con las primeras relaciones significativas del sujeto.

Es importante señalar que se habla de modelos relacionales y de psicoanálisis relacional debido a que el primero, según entiende Mitchell (1993), está dividido en hipótesis similares que contienen como base todo lo que se ha expuesto a lo largo de este capítulo. Es decir, a grandes rasgos, la premisa en común de estos modelos es la idea de que la mente del sujeto es un producto social en constante interacción con múltiples y complejas tramas relacionales que lo influyen indefinidamente.

Jessica Benjamin y el lugar del reconocimiento en el desarrollo del psiquismo

Jessica Benjamin (1996) es una psicoanalista norteamericana de gran influencia en las últimas décadas para el psicoanálisis relacional. Esta reconocida autora considera que para el desarrollo del psiquismo es fundamental el reconocimiento del otro, que tiene su origen en el comienzo de la relación madre-hijo.

Benjamin entiende que el reconocimiento y la afirmación del otro forman parte de una paradoja compleja, que, tramitada de forma equilibrada, da lugar a la diferenciación del *self* con la madre. Esto habilita a que el psiquismo del infante genere herramientas para afrontar las dificultades que el ambiente le presenta (Benjamin, 1996).

Si profundizamos el concepto, lo que Benjamin (1996) denomina como «la paradoja del reconocimiento» (p. 24) implica que el niño necesita del otro (en primera instancia, la madre) para hacer significativas sus experiencias, sus emociones y sus sentimientos. De este modo, se puede entender que la complejidad para analizar el conflicto psíquico radica en que la afirmación

que recibe el infante de sus propias acciones tiene contacto directo con las resonancias que provoca en el otro. Esto es, se puede comprender que desde el inicio de la actividad psíquica la relación con el otro es determinante para la construcción de significados, hecho que complejiza el relacionamiento debido a que la influencia del otro es constante, perpetua y, a su vez, bidireccional (a diferencia del modelo freudiano). Es por esto que el meollo del conflicto psíquico se encuentra en la relación.

Palabras de Benjamin (1996) acerca de la paradoja del reconocimiento:

La necesidad que el sí-mismo tiene del otro es paradójica, porque el sí-mismo está tratando de establecerse como una entidad absoluta, independiente, pero tiene que reconocer al otro como semejante a él para ser reconocido por ese otro. Tiene que poder encontrarse en el otro. El sí-mismo sólo puede ser conocido por sus actos, y sólo si sus actos tienen significado para el otro tendrán también significado para él. (p. 48)

De este modo, siguiendo la idea de la paradoja, se puede ver que, en términos lógicos, si el sí-mismo actúa y es reconocido por el otro, a su vez, está negándolo cuando actúa, debido a que actúa con base en su criterio, su identidad o su relativa independencia.

Según Benjamin (1996), quien se basa en la filosofía de Hegel, el sujeto se experimenta a sí mismo como absoluto. Con respecto a esta afirmación, ella agrega que luego el sujeto necesita del otro para afirmar su sí-mismo como absoluto. Entonces, cuando el sujeto busca o intenta construir su identidad o independencia, comienza a depender de un otro observador que lo reconozca como independiente, otro que también es influenciado y posiblemente modificado por las acciones del sí-mismo que reconoce. Es así que la paradoja del reconocimiento se establece como un trasfondo indisoluble de las relaciones humanas.

En esta primera etapa de vida del infante el reconocimiento cumple una función de primer orden, pues habilita posteriormente otra experiencia fundamental diferenciable en la teorización del desarrollo psíquico que tiene que ver con el reconocimiento mutuo (Benjamin, 1996). Este concepto resulta interesante porque también genera un puente entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. Aquí el foco no es únicamente el niño (sujeto), sus objetos internos y el contacto con su madre. Este concepto ubica a la madre como un otro, que es también influida y modificada por esa relación (madre-hijo) a pesar de la desigualdad de roles.

Para la madre el bebé se presenta como «[...] una mezcla intensa de sensaciones de que él forma parte de ella, que le es totalmente familiar y sin embargo por completo nuevo, desconocido y otro» (Benjamin, 1996, p. 26). Por tanto, esta relación se caracteriza justamente por ser una mezcla de unidad y alteridad, igualdad y diferencia, en la que la diferenciación es un proceso en constante desarrollo por medio del reconocimiento mutuo, que, como se mencionó anteriormente, incluye en la madre (otro).

La sensación o experiencia de que hay diferencia tanto en uno como el otro es fundamental en el infante para que haya percepción de realidad, evitando así la confusión con otra mera fantasía. La diferencia radica en que en la fantasía el infante puede manipular o destruir sus objetos, y, en cambio, la realidad le devuelve que el otro, en tanto objeto, se mantiene intacto. De este modo, se va construyendo la vivencia de que hay un «adentro y afuera». En estos desarrollos teóricos se puede ver claramente el apoyo y las influencias teóricas de Melanie Klein y de Donald Winnicott.

Pensando la teoría desde esta perspectiva, se puede ver que se ubica al infante en un lugar de participante, siempre activo, que influye y es influido en el ambiente donde está inserto. En este proceso se van construyendo y complejizando sus objetos internos, que teñirán de una impronta particular su matriz relacional. De este modo, se trata de cómo el sujeto junto al otro se hace conocer, conoce (al otro como un otro-yo real) y se conoce.

También resulta importante resaltar que los modelos relacionales comienzan a enmarcarse dentro de lo que Jessica Benjamin (1996) denomina «concepción intersubjetiva» (p. 32), que se rige en la idea de que el *self* se forma en relación con otros *selves* con los cuales se interrelaciona. Por esto es fundamental el concepto de reconocimiento mutuo: es necesario poder percibir y ser percibido como un distinto, semejante y real.

Al respecto de la perspectiva intrapsíquica y de la intersubjetiva, Jessica Benjamin (1996) enuncia que:

Mi idea es que la teoría intrapsíquica y la teoría intersubjetiva no deben considerarse opuestas, sino como modos complementarios de comprender la psique. Reconocer el sí-mismo intersubjetivo no significa negar la importancia de lo intrapsíquico: el mundo interno de la fantasía, el deseo, la angustia y la defensa; de los símbolos e imágenes corporales cuyas conexiones desafían las reglas ordinarias de la lógica y el lenguaje. En el mundo interno, el sujeto incorpora y expulsa, se identifica con el otro y lo repudia no como un ser real sino como un objeto mental. (p. 34)

La razón por la cual el reconocimiento cumple un papel fundamental en este modo de comprender el desarrollo psíquico es debido a que el «reconocimiento es reflejo» (Benjamin, 1996, p. 35). Esto significa que la afirmación del otro ocupa un lugar en la manera en que el *self* se percibe a sí mismo; por tanto, tiene una influencia cuasi directa en el desarrollo psíquico y en el modo en que el *self* se encuentra a sí mismo luego del «entre» que implica el estar con otros.

Es importante señalar que esta idea de reconocimiento como reflejo es diferenciable de la idea del otro como un espejo. Es decir, el otro, cuando reconoce, no devuelve en forma de espejo lo que percibe, sino que, con base en su subjetividad o matriz relacional, devuelve lo que percibe en ese momento, de esa relación; en ese sentido, es reflejo y no espejo. No devuelve una percepción objetiva de a quien reconoce.

El otro es un ente independiente (aunque dependiente y parecido); por tanto, las afirmaciones no deben ser constantes, deben reflejar la identidad-subjetividad de la madre en las disidencias que puede haber entre ellos. Esas no-afirmaciones significarán las propias acciones del bebé de un modo determinado para él, frustrando o alentando. Esto debería dejar en claro que hay «otros» como él, que poseen su propia identidad y que, de algún modo, forman parte de su propia construcción de identidad.

Si este camino se cumple, es decir, si se logra establecer este límite entre yo-no yo en la relación, si se equilibra la afirmación y el reconocimiento, se podría sostener que la relación se basa en la mutualidad, que hay una influencia mutua, hay un ida y vuelta real y no una relación de dominación-sumisión (Benjamin, 1996). Así, el bebé logra vivenciar que su experiencia interna (o un sentimiento en particular) puede ser compartida con otra mente, reafirmando y obteniendo placer simplemente por la conexión que se experimenta. En palabras de Benjamin (1996), «[...] la gratificación fundamental de estar en sintonía con otra persona [...] —también— puede enmarcarse en términos de [...] cooperación y reconocimiento» (p. 41).

Al respecto de esto, Benjamin (1996) agrega que «[...] el deseo de seguir en sintonía puede ser convertido en sumisión a la voluntad del otro» (p. 47). Se entiende que el símil de esta situación sería que el sujeto, teniendo la posibilidad de elegir hacer lo que el sujeto desea, hace lo que la voluntad del otro le indica por el simple hecho del placer que le produce estar con ese otro. Desde el otro lado se ejerce la presión contraria. No se reconoce al otro como un otro, se presentan los deseos del otro al sujeto (infante) como si fueran lo justo. Este funcionamiento es posible debido a que la sensación de compartir un sentimiento determinado es una fuente agradable de interacción.

Entonces, el deseo de sintonía con un otro da lugar a pensar las relaciones, a ubicar en ellas el foco como un nuevo tipo de conflicto psíquico que se funda en el mundo intersubjetivo, en el «entre» y en la construcción de objetos internos que las relaciones desencadenan.

Algunas distinciones entre los modelos relacionales

Por otro lado, Benjamin (1996) entiende que el propulsor del reconocimiento fue Winnicott. Según explica esta autora, el sujeto winnicottiano, para sentirse auténtico, necesita de una realidad exterior que lo reconozca como tal. Es decir, él ya trabajaba en la idea de que el experimentar contacto con otras mentes o con el ambiente es sostén para el desarrollo psíquico. Para esta autora, la realidad se descubre gracias al placer y deseo de estar en contacto con otros.

Este dato es interesante, ya que Mitchell (1993), en *Conceptos relacionales en psicoanálisis: una integración*, discierne el modelo relacional en tres categorías: «[...] la naturaleza intrínseca de las relaciones, nos relacionamos a propósito y nos relacionamos por implicancia» (pp. 33-54). Como se explicó anteriormente, estos modelos se caracterizan por poseer hipótesis muy

similares entre ellas. Éstas se enfocan desde una perspectiva que engloba lo intrapsíquico y lo social, dando así diferente énfasis a la influencia que ejercen las relaciones objetales y el intercambio con el otro en el desarrollo del psiquismo.

Resulta interesante observar cómo el enfoque de Benjamin es asemejable a la tercera categoría del modelo relacional que desarrolla Mitchell (1993): «[...] nos relacionamos por implicancia» (p. 43). Esta categoría se caracteriza por la premisa de que los sujetos tienen conciencia de sí mismos y de que necesitan de un otro significativo para establecer puntos de continuidad del *self*. Mitchell (1993) entiende que la conciencia humana es un todo inevitablemente cambiante en forma constante, y es el otro quien ayuda a establecer puntos de inflexión y de reconocimiento.

Desde esta perspectiva, el otro en tanto relacionado es un norte que nos ayuda a organizar la experiencia. Esto se puede ver claramente cuando Mitchell (1993) enuncia que «[...] el niño organiza su experiencia a través de la experiencia de la madre. La cognición individual surge del reconocimiento, por lo que el niño aprende a conocerse y se encuentra en los ojos y las palabras de la madre» (p. 45).

También este modelo relacional, al igual que Benjamin, entiende que el sujeto tiene una cierta sensación de sí mismo como un absoluto, o, en palabras de Mitchell (1993), «omnipotencia subjetiva» (p. 46). A su vez, se puede ver que esta experiencia es necesaria (en cierta medida) para que se consolide el *self* del sujeto de forma sana.

Por tanto, la idea de reflejo (que no es la idea del otro como un mero espejo) se presenta como un patrón motivacional intrínseco, innato en el ser humano: es a través del relacionamiento constante como experiencia humana que se le permite corroborar su propia existencia y, a su vez, recibir información de cómo es percibido, significado y resignificado por el otro. Se puede entender así que se comparte la idea de que el sujeto descubre el mundo por estar con el otro, de que las relaciones objetales son las que interactúan y se modifican en este proceso de estar con otro.

Volviendo al principio, no existe la posibilidad de *self* sin la posibilidad de otro *self* que colabore a construir significados e identidad.

Repercusiones en el psicoanálisis del Río de la Plata: el amanecer de un pensamiento vincular-relacional

Un claro exponente de esta apertura al diálogo o estudio de otras disciplinas dentro del Río de la Plata es Enrique Pichón-Rivière (2000). Liberman (2014) alude a este autor como un «psicoanalista rioplatense clásico» (p. 52), al tiempo que lo caracteriza también como un investigador que se valió en sus construcciones teóricas de una convergencia de diferentes léxicos científicos. Resulta interesante, por su parte, la acreditación que Ávila Espada (2009) le asigna a este autor cuando lo denomina un «pensamiento vincular relacional» (p. 2). No son ni sorprendentes ni exageradas estas menciones, sobre todo cuando se entra en contacto con la producción de este autor.

Rivière, por la década de los cincuenta, comienza a familiarizarse con las teorizaciones de Melanie Klein (Bianchi *et al.*, 1998). Es importante señalar que él tuvo múltiples experiencias en el Hospicio de las Mercedes (hoy conocido como Hospital Interdisciplinario Psicoasistencia *José Tiburcio Borda*) (Elvira, 2007; Bianchi *et al.*, 1998), donde, debido a la gran demanda de asistencia social, se ve impulsado al trabajo en grupos para poder saciarla. Así es que desarrolla experiencias innovadoras para la época.

En esta entremezcla de demanda social y contactos con el psicoanálisis freudiano y kleiniano es que este autor se embarca en una investigación continua, que perdura casi toda su vida y con la que llega a desarrollar también su propio artificio teórico.

En esta línea, no es menor señalar que, con base en la noción de relación de objeto desarrollada por Melanie Klein, él comienza a investigar y a teorizar acerca de la estructuración del psiquismo. Pronto arribó a que la clásica visión de los conflictos intrapsíquicos conscientes-inconscientes encauzaron a un mero reduccionismo. Él consideraba que el humano se concibe como una totalidad integrada «[...] por tres dimensiones: la mente, el cuerpo y el mundo exterior que se integran dialécticamente» (Pichón-Rivière, 2000, p. 10).

Se podría decir que Pichón-Rivière (2000) elabora una extensión de la teoría kleiniana, a la que le otorga el formato de su «teoría del vínculo», que quedó circunscrita dentro de los límites de lo que hoy se podría denominar los inicios del psicoanálisis rioplatense, con sus propios autores de referencia.

Pichón-Rivière (2000) pretendió generar conceptos con los que explicar la complejidad del psiquismo humano en términos de interacción social, sin dejar de lado los conflictos intrapsíquicos. Se embarcó en lo que él mismo llamó «psiquiatría social» (p. 10) o «psiquiatría del vínculo» (p. 22).

Hoy en día se podría objetar que hablar de una psiquiatría social para explicar y trabajar técnicamente el conflicto psíquico también podría ser considerado reduccionista, por no ser el conflicto psíquico patrimonio de la psiquiatría. Sin embargo, es fundamental recordar que este

planteo surgía por la década del cincuenta, es decir, que fue una perspectiva innovadora para la época, pues rompía el esquema del individuo constituido sobre un desarrollo de conflictos pulsionales internos (Pichón-Rivière, 2000).

Por otro lado, él concibe el vínculo como una estructura dinámica dentro del sujeto en continuo movimiento (Pichón-Rivière, 2000). Es especialmente interesante cómo entiende que el vínculo se presenta en dos campos diferentes: el interno, del sujeto, y el externo, real, que está teñido y condicionado también, en cierta medida, por la proyección del vínculo interno.

Para Pichón-Rivière (2000), «[...] ningún paciente tiene un tipo único de vínculo; todas las relaciones de objeto, todas las relaciones establecidas con el mundo, son mixtas» (p. 24). Esto se debe a que estos tipos de vínculos internos son catalogables como paranoicos, de miedo, nocturno-confusionales, obsesivos, depresivos, normales, etc. (Pichón-Rivière, 2000, pp. 23-24).

Para entender esta caracterización, no se debe olvidar que él trabajaba en un hospital, primordialmente con pacientes psicóticos. Es decir, sus caracterizaciones están enmarcadas desde la psiquiatría, puesto que tiene una concepción humanizadora del sufrimiento psíquico o, como expresa más precisamente, «enfermedad psíquica» (Pichón-Rivière, 2000, p. 22).

Es particularmente interesante y enriquecedor lo que él (Pichón-Rivière, 2000) establece cuando menciona que la psiquiatría dinámica (en el sentido de que el vínculo es una estructura dinámica) toma la base de los postulados del psicoanálisis:

Esto nos lleva a tomar como material de trabajo y observación permanente, la manera particular en que un sujeto se conecta o relaciona con el otro o los otros, creando una estructura que es particular para cada caso y para cada momento y que llamamos vínculo. [Subrayado propio]. (p.22)

Parecería que invita a pensar que la interrelación siempre es única. Se podría inferir que, desde esta óptica, la clásica transferencia freudiana se debería de resignificar para esta teoría. Es decir, si se entiende que cada relación con un otro es particular y se construye en ese espacio-tiempo, significa que lo que se transfiere no es una mera reimpresión de un conflicto de la infancia, sino, más bien, un interjuego entre los vínculos internos del sujeto y lo que acontece en el momento dado, con la subjetividad de otro.

Este fenómeno descriptivo se puede enmarcar dentro de los lineamientos de una perspectiva intersubjetiva, en la que tanto uno como otro se interrelacionan verdaderamente, aunque mantengan los factores intrasubjetivos un valor estructurante de la relación entre los dos o más sujetos.

De este modo, se puede comprender a qué se refieren las palabras de Friedler (2000):

[...] el sujeto pichoniano es un sujeto activo, creativo, transformador de su contexto sociocultural y el vínculo constituye la manera particular con que un sujeto se conecta o relaciona con otro creando una estructura particular para cada caso y cada momento. El vínculo para Pichón-Rivière incluye

al sujeto y al objeto, su interacción, sus modos de comunicación y aprendizaje, configurando un proceso en forma de espiral dialéctica. (p. 453)

Ahora, se considera de gran relevancia, para comprender la idea de vínculo patológico, la noción de vínculo normal. Pichón-Rivière (2000) estipula que:

Para comprender —la noción de vínculo normal— debemos partir del análisis de una de las principales características de las relaciones de objetos: el objeto diferenciado y el objeto no diferenciado. Es decir, de las relaciones de independencia y de dependencia. Se dice que un objeto en una relación adulta normal es un objeto diferenciado, o sea, que tanto el sujeto como el objeto tienen una libre elección de objeto. (pp. 31-32)

Es decir, hay una noción de límite entre el adentro y el afuera, lo diferenciado y lo no diferenciado, como en las teorizaciones de Melanie Klein. Pero lo novedoso es que siempre se trata de un intercambio dialéctico y dinámico. Por tanto, el vínculo normal, para Pichón-Rivière, es un tipo de vínculo caracterizado por el hecho de que el sujeto puede diferenciarse del objeto. Se podría decir que no hay una confusión entre lo que se ve afuera y lo que se siente adentro.

¿Qué es lo importante de estas nociones con respecto a la implicación del analista? Como se mencionó anteriormente, esta teoría indudablemente modifica el lugar del analista, no sólo por cómo se podría pensar la transferencia, sino que, al interpretar lo que el autor denomina vínculo interno como una conexión particular con una relación de objeto que se proyecta en el vínculo externo, y, pensando toda esta estructura como dinámica y dialéctica, se da lugar a que el analista pueda ser partícipe y colaborador de una modificación del vínculo interno, que en, última instancia, modifica la relación de objeto como partícula atómica del vínculo interno.

Capítulo 6

Repercusiones de estos desarrollos teóricos en los actuales avances de las perspectivas psicoanalíticas

Como ha ocurrido a lo largo de la historia de los desarrollos psicoanalíticos, los aportes de los diferentes autores generan más y nuevos adeptos. En este caso particular, las innovaciones teóricas acerca del desarrollo psíquico de los niños se entrecruzan, y abren nuevos y diferentes caminos. De esta forma, varios autores van tomando partido, de diferente forma, de los viejos y de los nuevos conceptos, que ya formaban parte de la vasta teoría psicoanalítica. En términos generales, es claro que no se trata del psicoanálisis, sino de los psicoanálisis (Coderch, 2012).

Pero una característica a tener en cuenta es que los investigadores en psicoanálisis comienzan a interesarse por complementar y corroborar la teoría psicoanalítica con avances de otras disciplinas, como la antropología, la filosofía del lenguaje, las neurociencias, la sociología, entre otras (Coderch, 2012; Matus, 2000).

Es cierto que Freud también estuvo siempre muy interesado por la biología. Pero la realidad es que se podría decir que su interés hacia las ciencias naturales estaba asociado a la aceptación del psicoanálisis dentro de la comunidad científica como subrama de las ciencias naturales (Coderch, 2012).

Psicoanálisis relacional, el intercambio con otras disciplinas y el encuentro entre analista y analizando

Este enfoque, que comienza a surgir a mediados de los ochenta (Rodríguez, 2007), se caracteriza por concebir al sujeto (en tanto ser psicológico) como un emergente de lo social, al cual la interacción con el medio que le circunda siempre influye y construye. Este enfoque se caracteriza también por intentar superar los dualismos clásicos, como sujeto-objeto, interno-externo, al postular que el encuentro de sujetos siempre es una co-construcción entre ellos.

Este enfoque también tiene una manera particular de comprender lo que es la técnica desde el psicoanálisis. Como se menciona al comienzo de este trabajo, el psicoanálisis clásico se caracteriza por fomentar una posición del analista neutral y abstinente. Desde el psicoanálisis relacional, se considera que este tipo de vínculo no es más que una mera reducción del encuentro analítico. Es decir, como encuadre bipersonal, se entiende que en la interacción y la competencia de ambos sujetos de la díada analítica es donde están siempre implicados, y no pueden ni deben pensarse por fuera de lo que acontece en ese encuentro, que siempre es único.

Es por esto que no se plantean ni reglas ni guías rígidas con respecto a cada situación analítica, lo que se debe, principalmente, a la noción de que tanto el analista como el analizando son siempre sujetos únicos e irrepetibles, que se encuentran en un modo particular y que co-construyen una interacción determinada por sus propias reglas.

En las palabras de Stephen Mitchell (2015):

[...] hoy en día se percibe al analista como incluido, en mayor o menor grado, en el proceso, así es difícil imaginar una guía. En la medida en que cada día analítica y cada situación es, en cierto sentido, una configuración única, no queremos prescribir ni proscribir las respuestas del analista. (p. 34)

De este modo, desde el psicoanálisis relacional se ve que la situación analítica posee esta naturaleza de orden intersubjetiva, siempre en construcción, irreplicable y, a su vez, atravesada por la historia de cada participante de la díada. Es por esto que Mitchell (2015) explica que «[...] el desafío de toda pareja analítica es encontrar un camino para que el analista establezca un tipo diferente de presencia» (p. 47).

Aquí importa destacar que, a diferencia del psicoanálisis clásico, el acento no está en las interpretaciones que brinda el analista acerca de la situación analítica, sino que, más bien, se encuentra en el modo en que se establece la relación analista-analizando, que siempre tiende a fomentar una manera de relacionarse diferente y nueva. Según Mitchell (2015), estos movimientos son inaugurales en las experiencias del analizando y habilitan a construir recursos propios genuinos.

Si retomamos el lugar que ocupa la interpretación en el psicoanálisis relacional, Mitchell (2015) señala que «[...] las interpretaciones son siempre una expresión personal de la propia subjetividad del analista» (p. 59). En este sentido, las interpretaciones se pueden catalogar como fenómenos relacionales.

Con respecto a lo que concierne a la cultura y a sus atravesamientos en el modo particular de producir ciencia, según explica Mitchell (2015), la manera en que se visualiza la autoridad está presente hoy en día, es muy diferente a la que había en los tiempos de Freud. Esto nos permite entender por qué hoy en día se puede pensar un tipo de relación analista-analizando más implicada por parte del analista. Un claro ejemplo de esto, a nivel conceptual del psicoanálisis relacional, es el concepto de *enactment*.

Este concepto hace referencia a un tipo de funcionamiento del analizando que impulsa al analista a ocupar un lugar específico y permite, así, poner en juego relaciones internalizadas del analizando (Mitchell, 2015). De este modo, el analista, que no se encuentra regido por la neutralidad y la abstinencia, puede actuar una situación determinada que habilita al analizando a repetir un patrón internalizado que le condiciona la experiencia en las relaciones.

Es fundamental entender que la interacción desde esta perspectiva es indispensable para el cambio psíquico: el ser humano está en constante negociación con el medio ambiente; se podría decir que puede enfermar o curarse en y a través de la interacción (Coderch, 2012). Todos los estados mentales son vivenciados, es decir, están en estrecha relación con el contexto y con la historia del sujeto.

Conclusiones

Como se expuso a lo largo del trabajo, cerca de la década de los cincuenta hubo una hipervaloración de la perspectiva intrapsíquica del enfoque psicoanalítico. De sus dificultades para enfrentar las demandas que surgían a nivel clínico y social, devinieron autores creativos (como Ferenczi, Fairbairn, Balint, Klein, Winnicott, Kohut y Sullivan), que comenzaron a enfatizar el análisis de un modo diferente: se podía observar, poco a poco, cómo nacían ideas que, si bien no salían del modelo intrapsíquico, sí invitaban a salir del solipsismo, esbozando cierta cercanía con las interacciones reales y con los sistemas donde se encontraba inserto el sujeto. Estas nociones impulsaron, en esa época, toda una corriente de pensamiento que comenzó a entender que el conflicto psíquico y que las psicopatologías podían surgir del tipo de interacciones que se generaban en las relaciones (Bigliani, 2013).

Resulta interesante, pues, pensar cómo luego, en las últimas décadas del siglo xx, comienzan a aparecer estas nuevas formas de concebir al sujeto como producto de la interacción social (sin desconocer los aspectos genético-hereditarios), de la mano de autores como Mitchell y Benjamin, quienes pretenden alejarse de la óptica mecanicista y dicotómica que predominó en el psicoanálisis de Freud bajo la filosofía positivista.

Se podría decir que los investigadores (Pichón-Rivière, en el Río de la Plata, Benjamin, Coderch, Mitchell, entre otros) fueron notando que el aislamiento y el retraimiento, que acostumbraba el psicoanálisis freudiano hacia otras disciplinas, eran una cierta negación no sólo a la comunidad científica, sino también a las voces del mundo social y cultural que lo rodeaba. Comenzó a considerarse que era esencial la integración e intercambio a otras disciplinas para no quedar ajeno a los avances científicos como los de la neurociencia, la sociología, la lingüística, entre otras que pueden resultar interesante el intercambio.

Si bien la demanda es social, surge desde la clínica la necesidad de novedades que contemplen otras problemáticas. Las dificultades eran múltiples y complejas, con pocas posibilidades de ser enfrentadas eficientemente; esto obligó a fijar la atención en el artificio: fue necesario revisar y repensar el edificio teórico.

Desde el comienzo del psicoanálisis de Freud fue claro que surgían resultados interesantes y que no era necesario desechar la teoría, sino, más bien, como con un microscopio, hacer foco en los conceptos, revisarlos detenidamente y, utilizando la base de las dificultades clínicas, dirigirse hacia nodos puntuales que hacen de sostén de estos edificios teóricos (la pulsión, lo inconsciente, la transferencia, la relación de objeto, etc.).

Como se mencionó desde un principio, también es necesario contemplar los contextos socioculturales, ya que calan sutilmente en todos los artificios teóricos y dejan huellas que pueden generar confusiones. Los conflictos entre autores, las alianzas con las sociedades científicas, las diferentes posturas de la cultura acerca de temas particulares como la sexualidad,

el género, la religión, entre otros, terminan formando parte de las teorías, de un modo silencioso, y son los textos un relato subliminal del contexto en los que se desarrollaron.

Es interesante pensar estos asuntos, pues, al fin y al cabo, las producciones teóricas que cumplen siempre con algún tipo de demanda social también continúan formando psiquismo, debido a que son parte de un momento socio-histórico. De este modo, no es tan difícil ver los múltiples atravesamientos con los cuales el ser humano convive sin siquiera percatarse. Esta clase de pensamientos invita a observar desde la complejidad y la incertidumbre las relaciones humanas, desde un lugar bien diferenciable, de la neutralidad y de la abstinencia.

Son la cultura, la sociedad y la matriz relacional las que se construyen recíprocamente; se entrelazan y nos guían en una infinita interacción, en un sinfín de intercambios. Es inagotable e intangible, eso lo hace aún más compleja. El observador es parte de ese maremoto de historia que lo atraviesa. Difícil tarea la de discernir quién es el que realmente observa.

Como enuncia Mitchell (1993):

El modelo relacional se basa en la premisa de que los esquemas repetitivos de la experiencia humana [...] se derivan [...] de una tendencia general a conservar la continuidad, las conexiones y la familiaridad del mundo personal e interactivo. Existe una poderosa necesidad de conservar el sentimiento duradero de uno mismo relacionado con una matriz de otras personas y con referencia a ellas, en términos de transacciones reales y de presencias internas. (p. 47)

La mente hace un esfuerzo constante por tomar una parte del todo y por darle un sentido gracias al lenguaje. Se suma a esta lectura, como explica Mitchell (1993), para que la experiencia subjetiva del ser humano adquiera forma: es necesario el lenguaje. El lenguaje produce sentido, da forma a las experiencias vividas, por tanto, hablamos y somos hablados por éste. De este modo, es difícil renunciar a la idea de que somos sujetos sujetados (Montero, 2011), una trama infinita de conocimientos y emociones que de algún modo se conectan.

Es innegable que todas estas nociones acerca de lo que es la experiencia humana, el ser sujetos de cultura y sociedad, atraviesa el modo de ver la clínica en el modelo relacional.

Las teorías que componen a este modelo entienden que los patrones que se establecen en relaciones tempranas suelen tender a reproducirse, en cierta medida, en nuevas relaciones. Esto no quiere decir que sean meras reproducciones facsimilares de experiencias ya vividas en momentos actuales, sino, más bien, que éstas influyen en cierta medida en el encuentro con un otro. La sociedad y la cultura, como constructos-productos de un tiempo-espacio determinado, son consideradas como en una continua interpelación y en contacto directo con el modo en que ve cada sujeto dentro de ellas. Es decir, no se puede pensar sujeto-sociedad desde la dicotomía, sino que se co-construyen y están en un sinfín dialéctico.

Estas nociones se pueden anudar con los conceptos que aporta Winnicott (1945; 1991) acerca de la adaptación del sujeto a la realidad y el proceso individuación. Este autor sugiere la idea de

la adaptación a la realidad como una etapa que se vive en los primeros meses de vida y que nunca se culmina. Es decir, nunca se termina de establecer la adaptación a la realidad debido a que el funcionamiento intrapsíquico está constantemente en interacción y adaptación a la realidad. No es que haya una dependencia perpetua hacia eso que se define como «afuera» o «externo», sino que somos junto a ese afuera.

Al igual que con la etapa de adaptación a la realidad, según explica Winnicott (1991), la individuación también se caracteriza por ser un proceso que abarca toda la vida del sujeto y que tiene origen en el momento del parto. Desde ese punto es que comienza en una simbiosis madre(cuidador)-hijo: el ser humano está continuamente buscando constituirse como individuo, es una tarea constante de independización y diferenciación.

A estos conceptos interesa sumar las nociones que aporta Benjamin (1996) en cuanto a la paradoja del reconocimiento, puesto que complejiza y problematiza el concepto del proceso de individuación. Esto se debe a que, a pesar de que el sujeto busca incesantemente la individuación, a su vez siempre está condicionado por la presencia del otro, que también es productor de significados y posee su propia identidad. Las resonancias que provoca en ese otro, de un modo u otro, provocan movimientos. Desde la primera instancia en que el niño precisa del otro para hacer significativas sus experiencias, sus emociones y sentimientos, ya se está produciendo en relación con una matriz relacional que atraviesa y acompaña a ese otro e influye al infante (y el infante al otro).

Siguiendo a Mitchell (1993) y a su manera de entender la función del lenguaje en la experiencia del sujeto, se necesita del otro y la cultura para ser reconocido también como independiente, en tanto se hace uso de ese significado y es por esto que también es paradójico ese intento del humano por ser independiente o absoluto.

Por último, si pensamos en el tipo de encuentro analítico que instaura un lineamiento metapsicológico, como el del psicoanálisis relacional, que es un tipo acontecimiento entre dos sujetos de roles diferentes (analista-analizando), se implementan varias cuestiones que invitan a seguir reflexionando.

Mitchell (2015) entiende que la subjetividad, la matriz relacional y las dinámicas de los vínculos encuadran en un encuentro siempre único e irrepetible: ¿cómo se puede evaluar que un proceso está generando un cambio positivo en el analizando desde la perspectiva del psicoanálisis relacional? Esta pregunta surge con base en el planteo de Mitchell (2015): «[...] en la medida en que cada día analítica y cada situación es, en cierto sentido, una configuración única, no queremos prescribir ni proscribir las respuestas del analista» (p. 34).

Estas interrogantes no pretenden más que abrir brechas y continuar pensando la teoría y los resultados de la clínica. Está claro que el psicoanálisis relacional obtiene resultados muy positivos (Coderch, 2012), pero, si continuamos pensando la teoría como un constructo social, arribamos a que es necesario continuar revisando, repensado y cuestionando estos edificios

teóricos, que cada vez adquieren mayor trascendencia, profundidad y complejidad, y que ubican al analista en un lugar de mayor incertidumbre.

Bibliografía

- Ávila. A (2009). «El psicoanálisis contemporáneo es relacional». *Revista de Análisis Transaccional y Psicología Humanística*, 60, pp. 36-46. Recuperado de: <http://www.aespat.com/Revista/Revista_ATyPH_60.pdf>.
- Ávila Espada, A. (2009). *La psicoterapia psicoanalítica relacional: conceptos fundamentales y perspectivas*. Recuperado de: <<http://cdn.psiquiatria.com/bibliopsiquis/handle/10401/4858>>.
- Bianchi, G., Gaspari, R., Krakov, E., Pachuk, C., Selener, G., Ventrici, G., Waisbrot D., (1998). *Hitos conceptuales en la historia del Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares*. Presentado en el XIII Congreso Latinoamericano de Psicoterapia Analítica de Grupo. (FLAPG). Montevideo, Uruguay.
- Bigliani, G. (2013). *Humillación y vergüenza*. Cali: Fondo Editorial de la Universidad del Valle.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Berenstein, I. (2001). «El vínculo y el otro». *Revista de Psicoanálisis*, 35, pp. 11-21. Buenos Aires.
- Bleger, J. (1958). *Psicoanálisis y dialéctica materialista*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleichmar, N. y Leiberman, C. (2001). *El psicoanálisis después de Freud: teoría y clínica*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Calzada, J. G. (2009). *Teoría y técnicas de exploración y diagnóstico psicológico* (mod. II). Recuperado de: <http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/042_ttedm2c2/material/fichas/klein_fairbain_y_winnicot.pdf>.
- Created, M. y Kinddom, H. (2004). «Melanie Klein, una princesa que creó su propio reino». *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 91, pp. 117-136.
- Coderch, J. (2012). *Realidad, interacción y cambio psíquico: la práctica de la psicoterapia relacional II*. Madrid: Ágora Relacional.
- De la Parra, G. (2006). «Investigación, vínculo y cambio ¿algo nuevo bajo el sol?». *Aperturas Psiconalíticas*, 23. Recuperado de: <<http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000386&a=Investigacion-vinculo-y-cambio-algo-nuevo-bajo-el-sol>>.
- Elvira, O. A. (2007). «Una mirada resignificada, a la luz de los aportes de Pichón Rivièrè». *Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 29(3).
- Fernández, A. M. (2006). «“Lo niño” y el psicoanálisis: ¿posibilidad o imposibilidad?». *Educação Temática Digital*, 8, pp. 20-48.
- Freud, S. (1893). «Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos». En *Primeras publicaciones psicoanalíticas (1893-99)*. *Obras completas 3* (2006). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905a). «Fragmento de análisis de un caso de histeria». En *Obras completas VII* (2006, pp. 1-31). Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1905b). «Tres ensayos de teoría sexual». En *Obras completas VII* (2006, pp. 31-68). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910). «Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre». En *Obras completas XI* (2006, pp. 41-44). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912a). «Sobre la dinámica de la transferencia». En *Obras completas XII* (2006, pp. 23-26). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912b). «Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico». En *Obras completas XII* (2006, pp. 26-29). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915a). «Pulsiones y destinos de pulsión». En *Obras completas XIV* (2006, pp. 28-34). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915b). «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia». En *Obras completas XII* (2006, pp. 38-42). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915c). «Lo inconsciente». En *Obras completas XII* (2006, pp. 38-54). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917a). «27.^a conferencia. La transferencia». En *Obras completas XXIII* (2006, pp. 55-60). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917b). «28.^a conferencia. La terapia analítica». En *Obras completas XXIII* (2006, pp. 60-64). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920). «Más allá del principio de placer». En *Obras completas XVIII* (2006, pp. 1-17). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). El sepultamiento del complejo de Edipo. En: *Obras Completas* (Vol. XIX, pp. 43-45) Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1940). «Esquema del psicoanálisis». En *Obras completas XXIII* (2006, pp. 41-61). Buenos Aires: Amorrortu.
- Friedler, R. (Coord.) (2000). *Diccionario de psicoanálisis de las configuraciones vinculares*. Buenos Aires: Del Candil.
- García, U. (2012). «El psicoanálisis de Donald Winnicott». *Psicoterapia Psicoanalítica* (Puebla). Recuperado de: <http://psicoanalisispuebla.blogspot.com/2012_11_01_archive.html>.
- Kernberg, O. (1963). *Las teorías de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México: Editorial Paidós.
- Klein, M. (1933). «El desarrollo temprano de la conciencia en el niño». En *Obras completas* (1974). Barcelona.
- Klein, M. (1935). «Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco-depresivos». En *Obras completas II*, (1974, p. 209). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1946). «Notas sobre algunos mecanismos esquizoides». En *Obras completas III*, (1974, cap. 9). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1948). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: El Ateneo.

- Klein, M. (1955). «La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado». En *Obras completas III* (1974, pp. 129-147). Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1962). *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires: Editorial Horme.
- Klein, M. (1980). «Los orígenes de la transferencia». En *Obras completas VI* (1974). Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y Pontails, J. B. (1983). *Diccionario de psicoanálisis* (3.^a ed. rev.). Barcelona: Labor.
- Lieberman, A. (2014). *Stephen A. Mitchell y el psicoanálisis rioplatense "clásico" (Bleger): algunas convergencias*.
- Guinsberg, E. (1977). «Apuntes sobre el psicoanálisis para la construcción de una psicología científica». *Dialéctica. Revista de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Puebla*, 3.
- Mitchell, S. A. (1993). *Conceptos relacionales en el psicoanálisis: una integración*. México DF: Siglo XXI.
- Matus, S. y Rojas, M. C. (2000). *Clínica de las redes. Otra perspectiva en el psicoanálisis de los vínculos*. Jornadas FAPCV. Buenos Aires.
- Montero, M. (2011). *Construcción del otro, liberación de sí mismo*. Utopía y praxis latinoamericana, 7(16).
- Mitchell, S. A. (2015). *Influencia y autonomía en psicoanálisis*. Madrid: Ágora Relacional.
- Pichón-Rivière, E. (2000). *Teoría del vínculo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Puget, J. (1995). «Vínculo-relación objetal en su significado instrumental y epistemológico». *Psicoanálisis ApdeBA*, 18(2).
- Ramírez, N. (2010). «Las relaciones objetales y el desarrollo del psiquismo: una concepción psicoanalítica». *Revista de Investigación Psicológica*, 13(2), pp. 221-230.
- Rodman, R. y Winnicott, D. W. (1990). *El gesto espontáneo*. Buenos Aires: Paidós.
- Rodríguez, C. (2007). «Epistemología del psicoanálisis relacional». *Clínica e Investigación relacional*, 1(1), pp. 9-41. Recuperado de: <http://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/eJournalCeIR/V1N1/1_Rodriguez%20Sutil_Epistemologia%20del%20Psicoanalisis%20Relacional_CeIR_V1N1_2007.pdf>.
- Sachs, D. (2006). «Reflexiones para el caso Dora de Freud 48 años después». *Aperturas Psicoanalíticas. Revista Internacional de Psicoanálisis*, 20. Recuperado de: <<http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000332&a=Reflexiones-para-el-caso-Dora-de-Freud-despues-de-48-anos>>.
- Segal, H. y Friedenthal, H. (1965). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Schroeder, D. (2006). «Subjetividad y psicoanálisis. La implicación del psicoanalista». *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, 103, pp. 40-58.
- Schkolnik, F. (1999). «¿Neutralidad o abstinencia?». *Revista Uruguay de Psicoanálisis*, 89.

- Winnicott, D. W. (1945). «Desarrollo emocional primitivo». En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (1998). Recuperado de: <<http://bibliotecadigital.apa.org.ar/greenstone/collect/revapa/index/assoc/19480504p1003.dir/REVAPA19480504p1003Winnicott.pdf>>.
- Winnicott, D. W. (1951). «Objetos y fenómenos transicionales». En *Escritos de pediatría y psicoanálisis* (1998, pp. 307-324). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1955). *Variedades clínicas de la transferencia*. En *Estudios de pediatría y psicoanálisis* (1998). Recuperado de: <<http://www.sauval.com/angustia/e-winnicott.htm>>.
- Winnicott, D. W. (1958). *The capacity to be alone*. Recuperado de: <<https://readingsinpsych.files.wordpress.com/2009/09/winnicott-capacity-to-be-alone.pdf>>.
- Winnicott, D. W. (1959a). «El destino del objeto transicional». En *Exploraciones psicoanalíticas I*. (1991, pp. 72-78). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1959b). «La clasificación: ¿hay una contribución psicoanalítica a la clasificación psiquiátrica?». En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1960a). «La distorsión del yo en términos de self verdadero y falso». En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1960b). «La teoría de la relación paterno-filial». En *El proceso de maduración en el niño*, pp. 41-63.
- Winnicott, D. W. (1963). «De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo». *El proceso de maduración en el niño*, 3, pp. 99-110. Recuperado de: <<https://es.scribd.com/doc/231513408/Winnicott-D-1963-de-La-Dependencia-a-La-Independencia-en-El-Desarrollo-Del-Individuo-Biblioteca-D-Winnicott>>.
- Winnicott, D. W. (1995 [1965]). *La familia y el desarrollo del individuo*. Buenos Aires: Hormé.
- Winnicott, D. W. (1979). *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1986). *El niño y el mundo externo*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1989). *Los bebés y sus madres*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1991). *La individuación en exploraciones psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. W. (1993). «El trastorno psiquiátrico en los términos de los procesos infantiles de maduración». En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional*, pp. 301-316. Buenos Aires: Paidós.